

**DIARIO** Habana 13 de Agosto de 1939

Sección dominical  
Literatura-Aménidades  
Reportajes-Colaboraciones  
exclusivas de Europa y  
America

Decano de  
la Prensa  
de Cuba

# DE LA MARINA

HISTORIA Y NOVELA  
DE LA VIDA DE  
BECQUER

★

LA GRAN INTRIGA  
EUROPEA Y ASIA-  
TICA EN TORNO  
AL GOBIERNO  
DEL TIBET

★

THOMPSON, EL TE-  
RROR DE LOS TRA-  
SATLANTICOS

★

BODAS DE ORO DE  
MAETERLINK CON  
LA LITERATURA

★

EL DEPORTE HACE  
50 AÑOS

★

Viejas postales des-  
coloridas:  
EL ANON Y LA  
CHAMPOLA

DOS LETRAS SALVA-  
RON A UN HOMBRE  
DE LA SILLA ELEC-  
TRICA

(Cómo se descubre un  
grave error judicial)



Chamberlain (caricatura de Robles). Al lado: Hitler y Stalin.

## La guerra o el soborno de la PAZ



Dr. Wolftath



A. Foerster



Mussolini



Halifax

**L**OS extraordinarios acontecimientos que se han venido desarrollando en el escenario internacional durante los últimos días pueden dividirse en tres grupos: 1) la posición de Inglaterra, Estados Unidos y Francia ante la más reciente política del Japón en la zona extranjera de China; 2) las negociaciones de la alianza anglo-franco-soviética; 3) la solución del problema polaco-alemán. Todo el ajeteo complicado de la diplomacia europea y las alarmas de guerra provocadas por la movilización militar en varios frentes simultáneamente, obedecen a que la situación actual adelanta rápidamente hacia un desiderátum.

**TACTICAS ENTRE LOS BASTIDORES**

Desde hace semanas algunos de los observadores más documentados del drama europeo, entre ellos el corresponsal del «New York Times», Frederick Birchall, venían dando a entender en sus despachos que la amenaza de un golpe inmediato por parte de Hitler no era tan segura y que, aparentemente, en las capitales de otros países había más excitación que en la propia Dantzig ante la perspectiva del rompimiento de las hostilidades. Era cierto, indicaban estos corresponsales, que Dantzig se armaba hasta los dientes, pero también se decía que el Fuehrer estaba marcando un compás de espera para ver si el sistema nervioso inglés cedía y el Reich lograba su nueva conquista por las vías de la transacción.

El 8 de julio, el distinguido escritor Oswald Garrison Villard, publicó en la revista «The Nation» de Nueva York, un artículo sensacional en que resumía las orientaciones europeas del momento, y afirmaba tener informes de fuentes autorizadas al efecto de que se había llegado a un entendido preliminar para satisfacer a Alemania, de acuerdo con el cual la víctima esta vez iba a ser Polonia como antes lo fué Checoslovaquia. Según Garrison Villard, Hitler recobraría todo lo que le arrebató a los alemanes el Tratado de Versalles: Dantzig, el Corredor Polaco, la Silesia y la Polonia Prusiana, y parte de Rumania por añadidura. Una zona de Polonia sería traspasada a Hungría y otra a Lituania, y la Besarabia la recibiría Rusia. Afirmaba el escritor que la demora de Rusia en aceptar las condiciones de la propuesta alianza con Inglaterra y Francia se debía a los preparativos que se hacían para un arreglo con Hitler, y que si éste accedía a que Rusia recibiera la Besarabia el camino estaba abonado para un pacto de no agresión entre Berlín y el Soviet.

**LOS OCHO PUNTOS DEL SEGUNDO MUNICH INGLES, SEGUN UN DIARIO AMERICANO**

Por aquellos días, el periódico «New Statesman» de Londres se quejaba de que la transacción con las dictaduras europeas y asiáticas daría al traste con el régimen del orden y la legalidad en el mundo, y Zhdanov, el jefe de la propaganda soviética, declaraba que Francia e Inglaterra estaban entreteniéndose a Rusia mientras se arreglaban con los agresores a través de una transacción con el Reich.

Otro comentario curioso recogía el rumor de que Rusia estaba provocando los incidentes de la frontera de Mongolia entre las tropas japonesas y soviéticas con el propósito de obligar a Inglaterra a llegar a una decisión severa ante las dictaduras, pues cualquier conflicto abierto entre Tokio y Moscú en el oriente terminaría para siempre con la hegemonía británica en China, quienquiera que resultara victorioso en la contienda.

**Los últimos sucesos en torno a la crisis Europea**

Dos recientes noticias todavía más sensacionales que todo lo anterior han venido a entorpecer toda tentativa de interpretación del embrollo europeo. El 22 de julio el prominente diario «The Philadelphia Inquirer» publicó la información exclusiva de que Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Polonia habían llegado a un convenio para garantizar la paz del Viejo Mundo durante los próximos 25 años. Predecía el reportaje que muy pronto se reunirían, a la manera clásica de Munich, los hombres encargados de sellar este acuerdo: Hitler, Mussolini, Chamberlain, Daladier y Josef Beck, para discutir los detalles definitivos del mismo, sobre las siguientes bases:

- 1) Dantzig será devuelto a Alemania, como puerto libre para que Polonia pueda usar sus facilidades comerciales;
- 2) convenio para que Alemania se una a Prusia a través del Corredor Polaco, y Polonia tenga también acceso al puerto de Gdynia en el Báltico;
- 3) representación para Italia en la Compañía y Directorio del Canal de Suez;
- 4) participación italiana en el ferrocarril que une a Addis Abeba con el puerto francés en Djibouti;
- 5) zona neutral al norte de Africa para protección del dominio inglés en Gibraltar;
- 6) determinación permanente de las fronteras franco-alemana y franco-italiana;
- 7) garantía por 25 años de las actuales fronteras europeas;
- 8) limitación de los ejércitos regulares de las cinco potencias a 300.000 hombres por 25 años.

La segunda noticia es más auténtica, porque emana directamente del seno del gabinete inglés y se refiere a las conversaciones sostenidas por el Secretario de Comercio de Ultramar, R. S. Hudson, con el representante del Ministerio de Economía de Alemania, Helmuth Wohlthat, sobre las posibilidades de un préstamo inglés de 5.000.000.000 de dólares al Reich para permitirle a Hitler cambiar la estructura económica de la nación del sistema de la guerra ahora en vigencia, al sistema de la paz.

**DEFICIT DE LA ECONOMIA ALEMANA**

El Premier Chamberlain y Halifax, alarmados ante la repercusión que el hecho ha tenido en Inglaterra y en todas las cancillerías de Europa, negaron rotundamente el 24 de julio, ante la Cámara de los Comunes, que hubiese intención de llegar a arreglos de esta clase. A una pregunta del leader laborista Arthur Greenwood, el Premier contestó que el gobierno no iniciaría negociaciones «que pudiesen asemejarse a un soborno de Hitler para comprar la paz». Repudió las conversaciones entre Hudson y Wohlthat diciendo no tenían la aprobación oficial, a despecho de que Hudson ha declarado que el Premier tenía conocimiento de ellas.

Aunque al gabinete inglés le molesten las ingenuas declaraciones del Secretario Hudson, es lo cierto que ellas se basan en una concepción realista de la verdadera situación europea, en el fondo de la cual lo que hay es un problema económico tremendo. Desde la terminación de la guerra europea, ese problema se ha agudizado más que nunca en Alemania, cuya estabilidad ha depen-

dido siempre de una economía expansionista en que la adquisición de materias primas del extranjero y el pago de ellas con servicios industriales y capital de inversiones era el factor de equilibrio de la contabilidad nacional. La razón obvia de la crisis actual es que si eso era un axioma en épocas de Bismarck y en el reinado de Guillermo II, aún lo es más en la de Hitler, como cuenta el Reich con un aumento de población de 18.778.491 habitantes y despojado de colonias y de los contactos mercantiles necesarios en el campo internacional.

En 1871 Alemania podía alimentar con las cosechas domésticas su población de 40.997.000 habitantes; hoy no alcanza para el doble ni con la asistencia de una organización industrial regulada por el gobierno y que explota todos los recursos de la ciencia moderna. Poco antes de la Guerra Mundial de 1914, Alemania cubría sus déficits de la renta nacional con el producto de los 35.000 millones de marcos que tenían invertidos en el exterior las ganancias de una marina mercante sólo superada por la inglesa. A partir de Versalles, los alemanes caminaban hacia la catástrofe. En 1924, el año en que el anónimo Canciller Hitler escribió en la cárcel el primer borrador de «Mein Kampf», la situación empeoró de tal modo que para mantener los gobiernos partidarios del pago de las indemnizaciones de guerra hubo necesidad de hacer nuevos préstamos internacionales. Entre 1924 y 1930 Inglaterra y otros países aportaron 2.373 millones de dólares al Reich y Estados Unidos le prestó 1.377.000.000. Con estas cantidades se hicieron algunos abonos a la cuenta de las reparaciones, el resto se utilizó para crear una momentánea prosperidad nacional que se vino al suelo con el pánico financiero de fines de 1929.

**LA ECONOMIA DE LA GUERRA**

Cuando Hitler llegó al poder, una cadena de circunstancias y una catarata de retórica crearon para enjugar el déficit tradicional de la contabilidad alemana, la llamada economía de la guerra, el «Wehrwirtschaft». La doctrina de la expansión territorial del Reich, el «Lebensraum» o espacio biogeográfico, es una necesidad de esta economía de la guerra. El «Drag Nach Osten» significa para complementar sus medios de vida Alemania necesita las tierras de Bohemia y Moravia, los pozos petroleros de Rumania, el granero de Ucrania, las minas de Silesia, las salidas comerciales al Báltico y al Mediterráneo, el acceso a las materias primas y a los mercados del mundo.

Para Hitler hay dos soluciones terribles: la guerra o un préstamo sustancial como el que ha sugerido el Secretario de Comercio Hudson. Tal es la alternativa histórica de un pueblo activo, fuerte y preparado, que no se resigna a dejarse destruir y que para salvarse destruyó antes el feudalismo, la monarquía, a la república, y ahora está dispuesto a destruir al militarismo Nazi. Chamberlain llama a la solución del préstamo «un soborno para comprar la paz» y tiene muchísima razón. Pero hay que tener en cuenta que la guerra es más costosa y de ella no saldría muy bien para el imperio inglés, aunque tampoco hay que descartar que sería de deplorables consecuencias para el Reich alemán. Cuando los estadistas europeos hayan calculado, en pesos y centavos, esa catástrofe, los millones de dólares de que hablaron, en pura ciencia crematística, Hudson y Wohlthat, parecerán insignificantes al lado de la tranquilidad del mundo, y de la Gran Bretaña, en particular.

UNQUE la tradición de los lamas predijo que sólo habrían 13 Dalai Lamas que se reencarnarían, el «Oráculo Oficial», que es el gran Lama del famoso Monasterio de Nechung, en un trance que le duró dos días y en el que se puso a la completa disposición del Todopoderoso, declaró que el Buda había decidido reencarnar una vez más.

**LOS DOS LAMAS**

Hace unos días que se acaba de anunciar que el niño Dalai Lama ya va en viaje para hacerse cargo de su puesto en el trono de Tibet. Este nació a la misma hora en que el gran sacerdote murió y será considerado el nuevo Buda y venerado y obedecido ciegamente.

Tibet había estado sin Dalai Lama, monje supremo, desde el 3 de diciembre de 1937, cuando el Buda decidió desencarnar por la décima cuarta vez.

En Tibet hay dos cauces de poder, el Dalai Lama y el Tashi Lama (la palabra lama quiere decir sacerdote). Teóricamente tienen el mismo rango y los dos son «el líder» de su país. Es como si en una república hubiera dos presidentes o en el Vaticano dos Papas. El Dalai Lama vive en Lhasa, la capital, y tiende a ocuparse más de la vida temporal. Mientras que el Tashi Lama, con poderes espirituales mayores, vive en el Monasterio de Shigatse.

**LA MUERTE DEL TASHI**

El último Tashi Lama fué desterrado a China. Su ostracismo fué debido al haber adoptado ciertas medidas modernas en la administración y educación tibetanas.

Durante su ostracismo, el Tashi Lama, optó por más las costumbres europeas y americanas. Eschaba la mano al saludar, usaba automóviles de marcas americanas, gustaba del cine, se aficionaba a la música del «jazz» y poseía varios radios. En los hoteles de las ciudades internacionales de China daba grandes fiestas a la manera europea. Se habló de una conspiración fraguada en China por Chiang Kai Shek y sus amigos simpatizantes de Rusia por la cual se trataría de colocar sobre el trono de Lhasa al Tashi Lama renunciando en él los poderes temporales y espirituales. Inglaterra maniobró para desbaratarla y el Tashi Lama que partió con gran séquito de China nunca llegó a su destino. Tras un año de viajes y esperas murió en una ciudad de la frontera a donde acudieron miles de peregrinos tibetanos a rendirle tributo póstumo.

**LOS REGENTES EN LHASSA**

Los monjes parecían que estaban satisfechos con la «regencia» lo que los hacía contrarios a la restauración del Tashi Lama y los ha movido a buscar por años el «hallazgo» del niño en que debe ser reencarnado el Lama muerto.

El actual Regente es un joven de sólo 28 años de edad; nació de familia muy humilde, pero él también fué «reconocido» por «lamaserías» como quinta reencarnación del Abad del Monasterio de Reting y con derecho por tanto a regir los destinos del Tibet en ausencia de Lamas. Había terminado sus estudios en el Monasterio de Sera en Lhasa cuando fué llamado a Lhasa y luego elegido a la regencia.

El Primer Ministro del actual gobierno es Yapshi Gyendun Kung, que ejerce su cargo desde 1926 cuando lo nombró el Lama fallecido y es evidentemente el verdadero poder del Tibet. Yapshi es un colaborador de los ingleses y a través de él se maneja el Foreign Office para que nada ocurra en Tibet que pueda ser más tarde una amenaza para el dominio de la India.

**600 MONASTERIOS CON 600.000 MONJES**

Desde tiempo inmemorial gobierna en Tibet la familia sacerdotal que, con sus familiares, constituye la mayoría del país. Sobre unos 3 millones de habitantes 600.000 son monjes. Cada familia contribuye por lo menos con un varón a la población de las lamaserías y monasterios. En estos monasterios se conservan grandes secretos científicos, se hacen unos, tremendas patrañas y supercherías según Upton Close relata en su libro «Tibet» cómo

La gran intriga EUROPEA y ASIÁTICA en torno al gobierno

del TIBET



RE-TING PO GYA-RINPOCHI

THEOS BERNARD

Fondo, el Palacio del Dalai Lama en Lhasa. Theos Bernard es el autor de «Penthouse of the Gods». El actual Regente que posiblemente seguirá gobernando durante la minoridad del Niño-Dalai-Lama.

los monjes tibetanos se han estado comunicando durante centenares de años de un monasterio a otro mediante la telepatía que la ciencia occidental todavía no acoge en su seno. La riqueza entera del país es para estos 3.000 monasterios que albergan a unos 600.000 monjes. Se calcula en sumas fantásticas el valor del polvo de oro que los creyentes han ido depositando en los monasterios a manera de obsequio a sus divinidades. Un monasterio tibetano es diverso de lo que conocemos en el mundo occidental. No es sólo sitio de retiro sino que banco, mercado de valores y de productos, almacén para aprovisionamientos, etc.

**UN INGLÉS AL SERVICIO DEL JAPON EN TIBET**

Antes de morir, Tashi Lama, había entrado en negociaciones con un joven ingeniero americano, Gorbun B. Enders, a quien había prometido un puesto en el gabinete de ministros del gobierno que formaría a su regreso. La idea de este gobierno, era de modernizar con carreteras, vías aéreas, automóviles, radios y plantas hidroeléctricas, el país que por siglos había resistido todo empeño a la modernización. A los veinte días de su muerte Ignacio Trebisch Lincoln, ex miembro del parlamento inglés partió para Lhasa. Allí con ayuda japonesa se hizo cargo de la dirección espiritual y temporal de los tibetanos.

El Japón quiere y necesita el Tibet y por eso ayuda al ex diputado inglés que por varios años fué monje budista en el Japón bajo el nombre de Caho Kung. Ahora Inglaterra ha permitido que se encuentre el niño Dalai Lama para quitarle un poco de poder a Lincoln que ha sido acusado en varias ocasiones de abierta simpatía por el Japón

**LOS PAISES TOTALITARIOS EN ACCION**

Mirando al mapa se da uno cuenta por qué Inglaterra y el Japón luchan por el dominio de Tibet. Su posición entre la India y China es de un gran valor estratégico. Bases aéreas en Lhasa y otras partes de Tibet serían de gran importancia en la dominación del Asia.

Theos Bernard, autor del libro «Penthouse of the Gods», que pasó dos años estudiando en los monasterios de Ganden, Sera y Drepung, cuenta que los monasterios están llenos de agentes japoneses. Italia manda constantemente «científicos» a hacer investigaciones. En febrero de este año se le concedió permiso a una expedición alemana para ir a Lhasa. Esos alemanes todavía están en el país haciendo mapas e informes.

La tradición de los lamas predijo que sólo habría 13 Dalai Lamas. A Inglaterra le ha conve-nido que reencarnara por la décima cuarta vez y así ha sucedido.

**PENSAMIENTOS**

Si quieres felicidad en el matrimonio trata siempre a tu mujer como si fuera la esposa de otro.

o o o

No te afliges; tu llevaste la mejor parte cuando perdiste a un amigo por prestarle una pequeña suma de dinero.

o o o

Nunca hables de lo inevitable hasta que estés seguro de que es inevitable.

o o o

Nada es más difícil que vivir con el sueldo que queremos hacer creer a nuestros vecinos que tenemos.

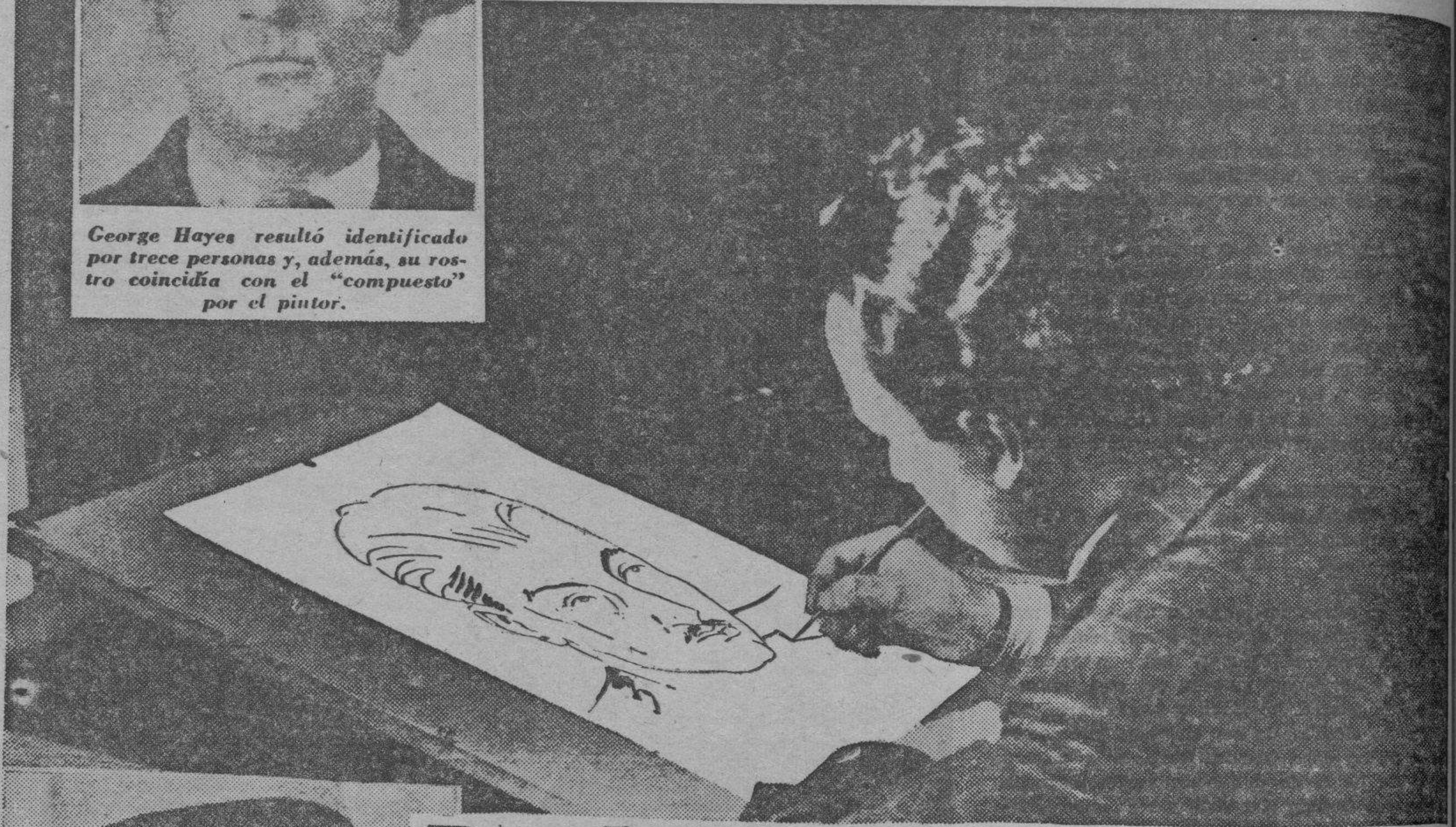
**UN RETRATO MAL HECHO, TRECE TESTIGOS Y UN DETECTIVE ESTUVIERON A PUNTO DE PROVOCAR UN TERRIBLE ERROR JUDICIAL.**



George Hayes resultó identificado por trece personas y, además, su rostro coincidía con el "compuesto" por el pintor.

recaldo sobre él, sino por un viejo recuerdo en el que aparece mezclado su nombre. En esa oportunidad, Hayes fué acusado de asesinato en primer grado, y luego absuelto, y fué esa absolución la única de su larga carrera de delincuente. Tan cu-

se había oído el tableteo de las ametralladoras más de una esquina de Manhattan, y el terror imperaba. Por eso, ante aquella pistola automática que amenazaba, nadie atinó a moverse. Todo favoreció al asaltante. Las luces de la oficina



John Farley resultó ser el autor del asalto y el asesinato, y lo más curioso es que en nada se parecía a Hayes.

**Dos letras salvaron a un hombre de la electrocución**

por

**Horace K. Turner**

rioso y accidentado fué lo que le ocurrió entonces, que bien merece la pena de ser relatado.

**EN LA TARDE DE UN VIERNES**

Promediaba el mes de noviembre de 1920 y el invierno anticipaba sus rigores. Oscurecía muy temprano, por eso, a las cinco de la tarde se encendían ya todas las luces de los rascacielos y los grandes carteles luminosos comenzaban su loco balloteo sobre el fondo grisáceo del cielo. Era un viernes, el viernes 19, cuando un individuo, de aspecto vulgar, se coló por la puerta principal de la gran ferretería de Priegger y Daly, en la Tercera Avenida. El hombre debía conocer el terreno, porque se dirigió inmediatamente a la caja, donde se hallaban trabajando unos diez hombres.

En realidad, nadie le vió acercarse, y cuando se comprendió lo que quería, el hombre ya había gritado: «¡Quieto todo el mundo!», y esgrimía una amenazadora pistola automática. En otras circunstancias, los diez empleados amenazados por el arma hubieran reaccionado, pero, en esa época, el «gangsterismo» comenzaba en todo Estados Unidos una roja historia, que abarcaría no menoz de diez años, más tarde. Por esa época se sucedían en pleno Nueva York los más audaces asaltos; todo el mundo sabía que las bandas de pistoleros rivales se tiroteaban en las calles de la Pequeña Italia, en el Ghetto, o en los muelles del Esat Side. Ya

na estaban encendidas, pero tan sólo en lo que se refiere a las lámparas de escritorio; el resto del salón quedaba en esa propicia media sombra de atardecer, y, a diez metros de la caja, nadie sospechaba la dramática escena que allí se sucedía.

Rápidamente, el asaltante se había acercado a uno de los cajeros, ordenándole que le entregara el dinero. Un par de miles de dólares ingresó, de esa manera, en su bolsillo, y fué evidente que con eso se satisfacía el delincuente, pues inició al punto la retirada. Sin dejar de cubrir a los atemorizados empleados con el arma, retrocedía el asaltante cuando, de pronto, casi a la carrera, llega Richard Yale, un dependiente del departamento de expedición, que, al darse cuenta en un segundo de lo que ocurría, se lanzó contra el pistolero.

**UN MUERTO**

La pistola automática funcionó repetidamente con estruendo, dentro del local, y Yale rodó por tierra cuando había logrado abrazarse a su antagonista. Este, para desprenderse de él, tuvo que forcejear bastante, pero todo fué tan vertiginoso que antes de que los diez empleados pudieran salvar los quince metros que los separaban del lugar del hecho, el pistolero había logrado huir.

El pobre Yale, que había recibido tres proyectiles en el vientre, falleció allí mismo antes de que llegaran la ambulancia y la policía, de modo que, cuando esta última acudió, todo el rastro que quedaba del asalto era un cadáver, el espanto de los que presenciaron el tiroteo y la gorra del pistolero que había dejado caída en el suelo durante la breve lucha. De esa manera, el detective John Quinn de la División Central, al hacerse cargo del asunto

tenía a su favor, tan sólo una gorra como pista para la investigación.

Sin embargo, había algo más. Pero eso se supo un poco más tarde, el mismo día, al presentar su denuncia el joven Max Harris, en una estación policial próxima al lugar del asalto.

**LA FUGA EN «TAXI»**

Max Harris, que viajaba en un taxímetro con su madre, había sufrido esa tarde un terrible susto. Cuando el coche circulaba por la Tercera Avenida, casi frente a la ferretería de Piegger y Daly, un individuo había trepado a toda carrera en el «taxi», amenazando a su conductor con una pistola automática. Bajo el imperio de esa arma, se había hecho conducir varias cuadras a toda marcha y, luego, en el momento de descender, como tenía descubierta la cabeza, había despojado de su sombrero al joven Harris. Era evidente que se trataba del pistolero, que en esa forma había huído del lugar del asalto, y ello se comprobó luego con la descripción que Harris efectuó del individuo, descripción que coincidía plenamente con los detalles de identificación que suministraron los diez empleados que habían contemplado por espacio de uno o dos minutos, el rostro del asaltante.

Precisamente, la coincidencia de estas descripciones fué lo que dió a Quin la idea de reconstruir, mediante un dibujo, el rostro del pistolero. Un pintor retratista fué encargado de la tarea, y luego de varios días de improba labor y pacientes modificaciones, surgió en la tela un rostro que, según todos los testigos, era el del autor de la muerte del joven Yale.

Desde ese momento, Quin se lanzó a buscar al hombre cuyo rostro representaba ese retrato, sabiendo que, necesariamente, debía ser el rostro de un delincuente, pues sólo un individuo de experiencia delictuosa podía haberse atrevido a cometer aquel audaz atraco.

Como es natural, indagó, por lo tanto, en los archivos policiales, y allí, después de un tiempo, dió con el hombre que buscaba. Es en esta parte de la historia cuando aparece George Hayes, pues él y no otro era el individuo que había cometido el crimen, según aquel retrato reconstruido lo establecía.

**LA M Y LA H**

Hayes negó a pie juntillas y desesperadamente, pero no pudo probar con claridad el empleo de su tiempo en la tarde del asalto a Piegger y Daly.



El hallazgo de una pistola automática determinó otro rumbo para la investigación.

Como si esto fuera poco, las trece personas que habían visto al asaltante—diez empleados, Harris, su madre y el chofer—reconocieron sin titubeos a Hayes, y, como final, la gorra abandonada en el lugar del crimen iba perfectamente bien a la cabeza del acusado.

Todo esto bastaba para formular la acusación, y así se hizo, iniciándose de inmediato la preparación del proceso, de tal manera que los días de Hayes estaban contados y su final en la silla eléctrica parecía inevitable.

Mientras se preparaba el proceso, en uno de los tantos hechos policiales sin mayor importancia se detuvo a una serie de individuos, algunos de los cuales tenían armas. Al ser examinadas estas armas, se realizó el descubrimiento sensacional de que una de ellas era la que había disparado los tres proyectiles que determinaron la muerte de Richard Yale. Esto despertó la curiosidad policial concentrada inmediatamente en el dueño de la pistola automática, que era un sujeto llamado John Farley. Este explicó ambiguamente su posesión del arma, y parecía empeñado en no aclarar mucho sus actividades anteriores. El propio detective Quin se preocupó de averiguarlas, y logró localizar su domicilio en una pensión del barrio bajo. Allí se efectuó un minucioso registro de sus ropas y efectos, que dió como resultado sorprendente el descubrimiento de un sombrero que tenía las iniciales M. H.

Estas dos letras sirvieron de inmediato para suponer que era Farley el verdadero autor del asalto a la ferretería, y cuando, más tarde, el sombrero fué reconocido por su dueño, ya no quedó la menor duda. Nuevamente trece personas identificaron esta vez al verdadero asesino de Yale, y fué éste, por lo tanto, el que hizo el camino a Sing Sing, en vez del inocente Hayes, que obtuvo la absolución en forma automática al esclarecerse definitivamente el caso.

Como observación final para este curioso asunto,—en el que tan desairado papel como fisonomistas hicieron los trece testigos—, cabe decir que Farley y Hayes eran individuos de aspecto completamente distinto y que no tenían en sus rostros el menor parecido.

Hayes está preso, ahora, pero, de todas maneras, siempre habrá respirado con alivio al pensar que estuvo a punto de ir a la silla eléctrica por causa de un retrato mal hecho...

**MUY BREVES**

**ROMPIMIENTO**

Juan.—Adiós, Amanda. Entonces tu última palabra es NO.

Amanda.—Sí.—(Ilustrierte Beobachter)

**DOMESTICA**

—¿Ha obtenido otro empleo su marido, señora Murphy?

—Por cierto que sí, señora O-Hara, es un trabajo terrible que lo está matando al pobre pero, a Dios Gracias, es un empleo permanente.

(Madley)

**DEL PARAISO**

El doctor Beitweiller ha resuelto en el periódico «Der Hammer» la vieja controversia del pecado original afirmando que la manzana nada tuvo que ver en el episodio. «La primera contaminación racial, escribe, ocurrió en el Jardín del Edén donde el judío Adan sedujo a la ariana Eva.—(Voila)



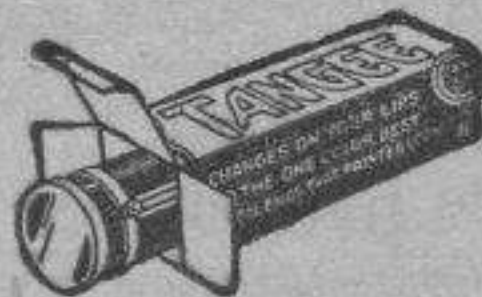
**EL DIJO:**

«Esa niña será muy linda, será muy afectuosa, será todo lo que quieras... pero ¡hermano! ¿quién se le va acercar con esos labios? ¡Parece que le hubieran derramado un pomo de pintura! Tu sabes que los labios pintados repelen...»



**ELLA HIZO:**

... lo que toda mujer inteligente dejó de pintarse y usó Tangee... Ni que hablaz, que la decepción del pretendiente se tornó en sorpresa primero y luego en ardiente pasión... y de ahí al matrimonio el paso fué breve.



Tangee se diferencia de otros lápices porque NO pinta—pues no es pintura. Pasándolo ligeramente es rosa. Repasándolo llega hasta un grana encendido. Un matiz aún más vivo lo da el nuevo Tangee «Theatrical». ¡Y siempre luce usted «naturalidad» que encanta! Por eso es el lápiz de más venta en Estados Unidos. Allá las imitaciones no tienen aceptación ¡cuidado que no intenten vendérselas aquí! Exija Tangee («Natural» o «Theatrical»).

Use también el colorete y el Polvo Facial Tangee. Deje hoy mismo las pinturas y luzca más atrayente usando Tangee!

El Lápiz de Más Fama  
**TANGEE**  
EVITA EL ASPECTO DE PINTURA

**HISTORIA Y NOVELA DE LA VIDA DE BECQUER**

**D**E aquel gran espíritu sentimental, buscador de tesoros, tan quimérico como español, que engarzó setenta y siete rimas en la hebra de luz del alma femenina, siguen siendo enamoradas todas las mujeres españolas. Pero había tres espíritus consagrados a enaltecer su gloria: los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero y doña Julia Bécquer. Los iustres comediógrafos, ejemplares hijos de Sevilla, a más de glorificarla con sus obras, cuidaron de que el gran poeta del amor, nacido en ella, tuviera allí, como él soñara, su consagración. «Colocadme a la orilla del Guadalquivir—había escrito Bécquer—para dormir el sueño de oro de la inmortalidad». Este sueño de oro se lo ofrecieron los hermanos Quintero en el monumento del Parque de María Luisa, costado con el producto íntegro de «La rima eterna».

Doña Julia Bécquer es la memoria viva de los días inquietos, pintorescos y atormentados del poeta de las madreselvas y las golondrinas. Para averiguar su domicilio, visitamos una vez a los Quintero.

—Doña Julia Bécquer—nos dijo don Serafín—me escribe con frecuencia desde Barcelona; vive en una pensión de la calle del Carmen. Luego marchará a Sevilla...

Pero, por los días en que indagábamos su residencia, doña Julia viajaba hacia Madrid. Esta superviviente del romanticismo es andariega, inquieta, nostálgica.

**EN EL MADRID DE ISABEL II**

De paso hacia Sevilla, estuvo en Madrid, en una casa de una de sus hijas, doña Julia Bécquer. Es en la calle de la Madera, que conserva el acento del viejo Madrid isabelino. Sentada a un veladorcito, doña Julia, vestida de negro, un bucle blanco sobre la frente, que se clarea en un tono rosado de la piel, habla con dureza de la vida presente:

—¡Ah, el Madrid de entonces!... Era tan íntimo, tan elegante, tan cariñoso!...

Hasta los muebles eran más bellos; los sofás de seda, con la curvatura de sus respaldos, donde aquellas mujeres tan femeninas se reclinaban con sus velillos y sus manguitos con violetas, haciendo un rumorcillo de sus faldas de seda o de gro, suspirando siempre por una historia sentimental... Y los veladorcitos, con su álbum de fotografías ovaladas y brillantes... Ahora, créame usted, hasta el mobiliario me hace daño, me lastima...

Va cayendo la tarde. Y por un momento, en tanto escuchábamos su relato de la vida de Bécquer, parece que va a encenderse un quinqué, con su boia de bronce y su tubo de cristal y su pantalla verde, dando una luz blanquecina y suave...

—Mucho se ha fantaseado—dice doña Julia—sobre la vida de los hermanos Bécquer: Valeriano y Gustavo Adolfo. Yo sólo he de decir la verdad. Mi padre, Valeriano Domínguez Bécquer, era de abolengo aristocrático, por su primer apellido; conservo fotografías del escudo de los Domínguez. Hijos de un buen pintor, ambos hermanos nacieron artistas. Valeriano casó con una dama inglesa muy guapa, Winnefred, mi madre, hija del almirante de la armada, Mr. David Cohan, que residía en el puerto de Santa María. Tenía un genio terrible este señor. Se hizo odioso a todos, y un día le apedrearon los balcones de la casa sin dejarle un cristal. Cuando mi padre fué a pedirle su hija en casamiento, le recibió con exabruptos. «Es usted poco para una Winnefred—le dijo—; un hombre



¡Ah, el Madrid de entonces!...

**La sobrina y ahijada del poeta de las mujeres habla del por qué se casó, por qué riñó con su esposa y cual fué su gran amor**

su porvenir no debe casarse, por muy pintor que sea, aunque fuera Velázquez». En un banquete tanto se le odiaba, que le envenenaron. Entonces mi padre se casó con la Winnefred. Vivieron en Sevilla, en la calle de las Boticas, hoy calle de Palacios de Malmer, en el número 42. Allí nacimos mi hermano Alfredo y yo. No recuerdo a mi madre...

Mis primeros recuerdos ven ya a mi padre siéndolo todo para nosotros: nos dió el cariño y los cuidados maternos que nos faltaron muy pronto. Recuerdo muy bien a Gustavo Adolfo Bécquer, que vivió casi siempre con nosotros. Desde mis cinco años me di cuenta de su bondad y le quise mucho. Era muy apacible, de carácter débil, impresionable. Valeriano y él eran como dos chiquillos, jugaban con nosotros y cantaban y reían como dos niños más. En 1861 Gustavo se casó con Casta Esteban Navarro. Los padres de ella estaban en buena posición y le dieron, al casarse, lo suficiente para vivir con holgura. Es curioso cómo se conocieron. Verá usted: bien dicen que el amor es ciego. El padre de Casta tenía una clínica de oculista y Gustavo Adolfo fué allí, enfermo de los ojos, a curarse. Oyó cantar a Casta y se enamoró de su voz. El pobre no pudo ver el porvenir, que fué muy desgraciado. En 1863 Gustavo Adolfo visitó Sevilla con Casta, y su primer hijo, Gustavo, de menos de un año; residieron en la casa de Valeriano, que les pintó un retrato, que hoy se conserva en el Museo de Cádiz.

En esta época, mi tío Juan Vargas, protector de

ambos hermanos Bécquer, les entregó algunas pesetas para trasladarse a Madrid. El sueño dorado era la corte, con sus fiestas literarias. Gustavo había huído de Sevilla hacia Madrid con veinte años, muchas ilusiones y un manojo de versos. Padeció por las peores casas de huéspedes; logró un destino de tres mil reales al año; quedó cesante; escribió sin remuneración en «El Mundo», en «El Porvenir», en «La España Artística y Literaria». Pero en la época en que vino a Sevilla, casado, ya se le conocía y era director de «El Contemporáneo» y vivía bastante bien. Nos trasladamos todos a Madrid con el dinero del tío Vargas. Valeriano montó un estudio de pintor en la calle de Jesús y María, 4. Le visitaban personajes ilustres; el general Caballero Rodas y Leopoldo Augusto Cueto, marqués de Valmar. Los dos hermanos se cuidaron de vestir bien; Gustavo Adolfo, con su macferlán y su chistera y sus cuellos altos con corbata de plástón. Frecuentaba los salones más brillantes de la corte de Isabel II. El gustaba de esa elegancia, que se transparenta en sus «Rimas»: los salones o estrados llenos de luces, con la silueta de oro de un arpa en un ángulo; la alegría del color de la luz, del perfume, de la línea; los murmullos de las conversaciones...

¡Qué manjar tan sabroso para ser devorado sotto voce en un corro, detrás del abanico de plumas y de oro!

Le protegían y le querían mucho González Bravo y Narváez, aquél a quien las gentes llamaban el Espadón. González Bravo tenía dos hijas muy bellas, Leonor y Blanca, que soñan venir al estudio y nos regalaban juguetes y dulces a los niños. Esta amistad del Espadón nos fué provechosa. Se le nombró a Valeriano pintor de cámara de doña Isabel II. Era una reina muy simpática, muy española, siempre de sedas azules, escotada y luminosa de piedras preciosas. ¡Pobre reina! Desde la calle del Olivar, donde entonces vivíamos, presenciábamos la revolución y el destronamiento. Mi padre perdió su empleo de pintor de cámara y la protección de González Bravo, que se marchó a París. Pasamos a vivir con Gustavo Adolfo, en la calle de Atocha, número 80. Ya tenía dos hijos: Gustavo y Jorge. Era redactor de la «Ilustración Española y Americana», donde escribía sus leyendas, sus «Rimas» y sus artículos, que ilustraba Valeriano. Entonces comenzamos una vida trashumante y andariega por los pueblos castellanos... Pero antes quiero contarle a usted cómo riñó con su mujer, Casta, de la que se separó para siempre...

**LA TRAGEDIA MATRIMONIAL DE GUSTAVO ADOLFO**

Bécquer era un buen esposo, muy amante de sus pequeñines. Todo cuanto provenía de sus hijos era para él sagrado. Un día, en una fiesta de sociedad en los salones de Narváez. Gustavo Adolfo impecable en su frac, hablaba de poesía en un corro de damas, cuando, al ir a sacar el pañuelo, quedó todo asombrado de ver en sus manos un culerito o pañal de su hijito. Ni se inmutó siquiera. Las damas no podían ocultar la risa, y los caballeros insinuaron algunas bromas. Pero Bécquer comenzó a hablar de la hermosura de los niños, de su belleza inocente, y estuvo tan inspirado que el culerito pasó de mano en mano, como un objeto precioso.

No motivó él la riña con Casta. Fué que visitamos todos el pueblo de ella, llamado Naviercas, en la provincia de Soria. Un antiguo novio de Casta, que luego se casó con ella cuando murió Gustavo, comenzó a mirarla con una mirada constante y ardiente. Ella le miró también. Y Gustavo sorprendió aquel diálogo mudo de amor. Salió el poeta, desafiado, al campo, con el antiguo novio de su mujer, y hubo una sonada en Naviercas, donde todos se pusieron de parte de Casta. Gustavo Adolfo, aquella misma noche se separó de su mujer, llevándose con él a sus dos hijos. Como habían reñido, tuvimos que irnos todos de casa de los suegros. Y estuvimos en un caserón viejo y destartalado, sin muebles, ni siquiera colchones en qué tendernos, nada más con unas sillas rotas. El pobre Gustavo, con la melena revuelta, se pasó la noche a la ventana, maldiciendo a Naviercas, a su mujer y a sus suegros, hablando como un loco con las estrellas y sollozando... Al otro día nos dijeron que los del pueblo se habían juramentado para matarnos a la salida del pobachón, arrebatándonos los niños para devolvérselos a su madre. Adolfo juraba que los chicos eran suyos y que jamás los dejaría al lado de su madre. En esto, para más complicaciones, se presentó Casta en persona en el caserón. Exigía llevarse a sus hijos. Fué una escena trágica. Gustavo cogió a los pequeños con una mano, mientras con la diestra blandía una silla rota, amenazando tirársela a la cabeza a su mujer. Casta gritaba, insultándole, como una fiera; los niños lloraban empavorecidos. Hasta que intervino Valeriano despidiendo a Casta del caserón.

El pueblo, al tener noticias de la reyerta, se enfureció contra Valeriano, echándole la culpa de lo ocurrido. Y supimos que, en efecto, nos aguardarían a la salida del pueblo, dispuestos a matarnos. Gracias que llegó el tío Curro Bécquer, hermano de mi abuelo, hombre enérgico y decidido. Armó a Valeriano y a Gustavo con sendos cachorrillos, unos pistolones de la guerra de la Independencia, y así, por los atajos, logramos huir hacia Soria. Los niños de Gustavo Adolfo venían con nosotros. Y emprendimos una vida nómada, viviendo hoy aquí, mañana allí, por los caminos y las posadas...

**LA VIDA ROMANTICA EN AVILA,**

**TOLEDO, VERUELA...**

—Estuvimos mucho teiempo recorriendo pueblos,



Arriba: Gustavo Adolfo Bécquer, a los 18 años.— La verdadera musa de las «Rimas» existió. Se llamaba Julia Espí Calibrand.

y Valeriano pintaba los tipos populares, en tanto Gustavo Adolfo escribía sus cuentos. En Villacievos se mandaron hacer unas capas populares que las hacía el sastre cortando el paño extendido en el suelo. Eran de paño blanco, para ir montados en jamelgos por las nevadas, y tenían una especie de capucha de monje, y eran largas, hasta los pies. Recuerdo que delante iba siempre Gustavo, caballero en su mula, resaltando su melena y sus barbas negras de aquella capucha blanca de cartujo. Detrás íbamos, en otra mula, mi padre y yo, muy triste con aquella vida. Me acordaba con mucha pena de Madrid y del Salón del Prado, con sus árboles y las barquilleras, y los corros de niños, que cantábamos canciones tan bonitas:

**En Francia nació un niño  
de padre natural;  
por no tener padrino,  
Mambrú se ha de llamar.**

Así estuvimos en Calatayud, en Ocaña, en Burgos. Parando en las posadas, aquellas posadas tan exactamente descritas por Gustavo, «con sus arcos chatos y macizos, que se cruzaban entre sí, dejando el espacio en sus huecos a una larga fila de pesebres, y, diseminados por el suelo, las enjalmas de una caballería, los pellejos de vino, las gruesas sacas de lana, sobre las que comían, sentados en corro y con el jarro en primer lugar, los arrieros y trajinantes». Por la noche, mi padre cogía la guitarra y cantaba habaneras en el patio de la posada:

**Una rubita como un rubí,  
hacia la playa la vi pasar...**

Cuando había luna llena, tocaba la flauta; melodías melancólicas, recordando la tristeza de sus amores con la Winnefred. Mientras, Gustavo Adolfo dejaba que la luna plateada trazase sobre el campo su triste sombra. Pero durante el día, todo era jorgorio y alegrías. El pintor y el poeta jugaban con nosotros como dos chiquillos. Valeriano nos hacía dibujos, en que nos representaba en miniatura paseando por el campo. Gustavo Adolfo nos hacía teatrillos de cartulina, pintados por él.

A mi padre le encargaron el retrato de una novicia muerta en el convento de las Carmelitas. Lo entregó Gustavo, teniendo que pasar el umbral de la puerta del locutorio. Y, como tocase con un pie el lugar de la clausura, las monjitas se atemorizaron, persignándose:

«¡Don Gustavo, por Dios; que profana usted la clausura!... ¡Por Dios, don Gustavo!...»

Por fin, regresamos a Madrid. En la muerte de Narváez, se halló Gustavo a su cabecera, y presidió el entierro. Por cierto que se armó una tormenta y el clero y el acompañamiento tuvieron que dejar solo al coche fúnebre, por lo que el pueblo se decía que «se lo habían llevado a Narváez los diablos»... Fué la última vez que recuerdo haber visto vestido de frac a Gustavo Adolfo Bécquer...

**TIPOS DE BOHEMIOS AMIGOS DE BECQUER**

—A Rodríguez Correa, amigo de Gustavo desde sus primeras andanzas por Madrid, el marqués de Salamanca le había dejado vivir en una finca suya de la calle de Claudio Coello. Rodríguez Correa llevó allí a Bécquer, que ocupó un piso. Allí venían tipos muy pintorescos de poetas. Venía uno, llamado Puerta Vizcaíno, que traía un perro de Terranova, amaestrado por él, y en el que cifraba todo su orgullo. Puerta no tenía casa, ni hogar, ni nada que cerrar detrás de aquella Puerta de su apellido. Venía siempre al anochecido, y se sentaba al balcón a cantar canciones románticas y habaneras.

**Dame tus ojos, niña,  
por una noche;  
porque con ellos quiero  
matar a un hombre.**

Cuando no se le decía que se quedase a dormir, se iba de muy mal talante, y, adrede, se dejaba olvidada la bufanda, o sus guantes rotos, o el bastón, con que, al poco rato, oíamos a la puerta el removerse de su perro de Terranova, que volvía por aquellos objetos olvidados, y nos acariciaba las manos, como pidiéndonos hospitalidad...

**JULIA ESPI, LA MUSA DE LAS «RIMAS»**

—La verdadera musa de las «Rimas» existió. Se llamaba Julia Espí Calibrand, y era hija del director de orquesta del Real. Sus balcones estaban orlados de campanillas azules. Era rubia, con melena de rizos, los ojos verdes; vestía lujosamente trajes de «moaré», con tornasoles y reflejos y una gran lazada a la espalda. Por esta mujer llevo yo—dice doña Julia Bécquer—el nombre de Julia. Cuando yo iba a nacer, mi padre escribió a Gustavo, y éste contestó que sería el padrino, pero con la condición de que si nacía niña se le pusiera el nombre de Julia.

Julia Espí se casó con el amigo de Bécquer, Rodríguez Correa. Gustavo Adolfo debió amarla intensamente, y ese amor le inspiró la belleza profunda de sus «Rimas de amor», esas «Rimas», que han llenado de gotas de rocío el alma de todas las mujeres de España... Estando yo interna en el Sacre-Coeur tuve la revelación de que mi padrino, Gustavo Adolfo, era un gran poeta.

«¿Y de quién son esos divinos versos?», pregunté un día a mi condiscípula María Bertinatti, hija de una marquesa muy conocida en Madrid.

«¿Pero tú lo ignoras?—me dijo. —Son de Gustavo Adolfo Bécquer, tu padrino».

Y añadió, en son de misterio:

«Yo le vi una tarde por la calle de la Princesa. Iba yo con mi hermano y nos cruzamos con Gustavo Adolfo. Entonces mi hermano, indicándome al que acababa de pasar, me dijo: «Mira: ése es el poeta de las «Rimas», Gustavo Adolfo Bécquer, que tanto te gusta leer en la «Ilustración Española». Me volví y él se había vuelto también, y miró largamente».

# BODAS de ORO de Maeterlinck con la LITERATURA

**E**N Niza, la más vibrante atalaya de la Costa Azul, vive el crepúsculo de su existencia Mauricio Maeterlinck. Aunque todavía, a pesar de sus setenta y siete años, maneja su automóvil y hace dos rounds de boxeo diariamente, podemos decir que su vida se caracteriza por su calma completa. Sus espadas y sus floretes reposan en sus panoplias. Su famosa motocicleta, en la que recorriera mil veces las embrujadoras campiñas provenzales, se archiva en el «garage» con inmovilidad de ídolo. Todo su dinamismo deportivo de antaño duerme el sueño de los justos. El autor de «La vida de las abejas», sin duda alguna, hace una vida burguesa sin otra agitación que la marejada sin fin de sus recuerdos bajo la cabellera cana.

En la propia Niza, hace unos tres años, vi a Mauricio Maeterlinck. Durante un buen cuarto de hora, separados por diez metros de distancia, contemplé a mis anchas al gigante belga de la literatura. En uno de los salones del Hotel «Negresco», él charlaba con unos amigos, mientras yo, en compañía de unos colegas italianos, sorbía un «whisky» adulterado por el snobismo del agua mineral. No hallé una diferencia notable entre el Maeterlinck de setenta y cuatro años que contemplaba sumergido en el amplio «fauteuil» del «Negresco», y el que viera diez y siete años antes—cuando todavía yo usaba pantalón corto—en el «Carnegie Hall», de New York, pronunciando una conferencia sobre «El Pájaro Azul», que a la sazón se cantaba en el «Metropolitan Opera House».

La misma complexión robusta que revelaba más al gladiador que al poeta; los mismos hombros cuadrados; el mismo desparpajo en la seguridad del gesto; idéntica energía en su mentón pronunciado. Sólo el tiempo había logrado hacer blancos sus cabellos grises y en sus pupilas oscuras el cansancio se traducía en un profundo mar de infinito.

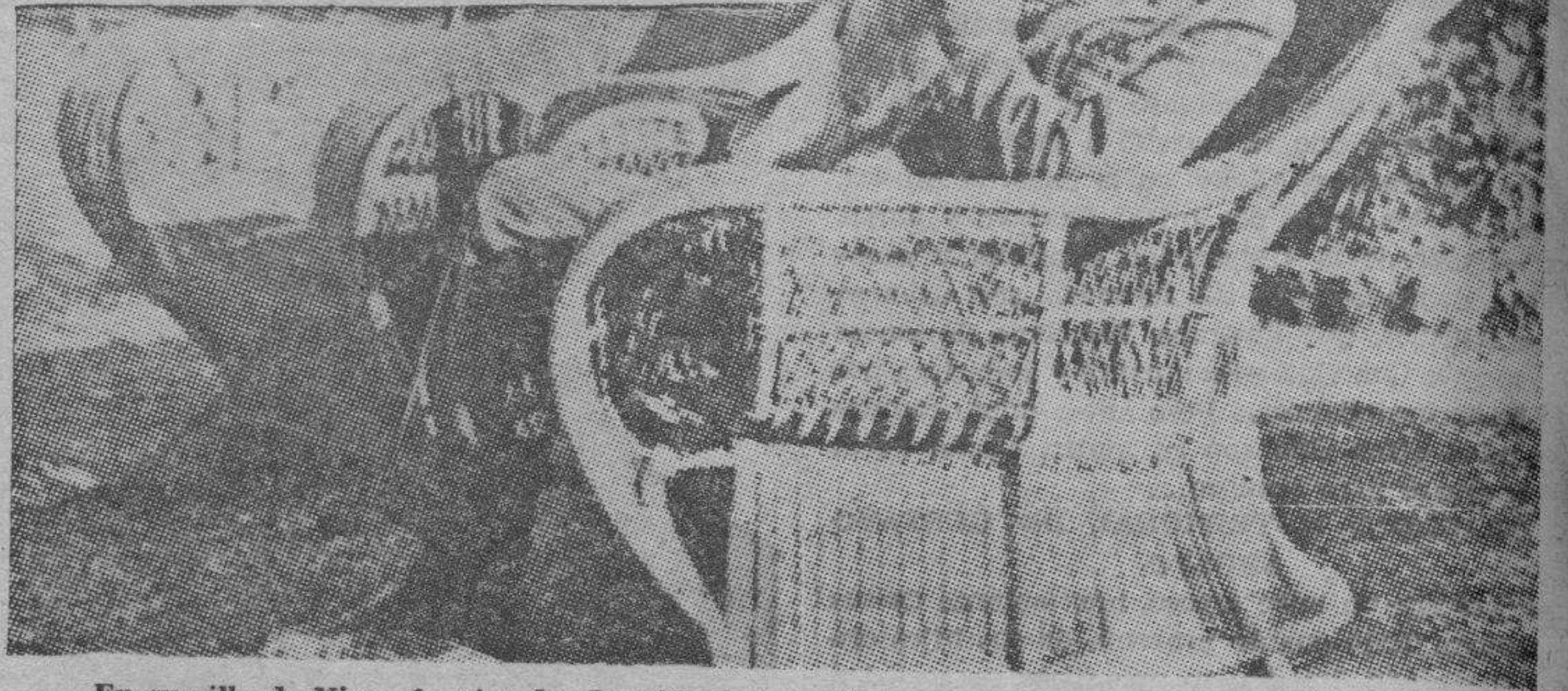
Mauricio Maeterlinck seguía teniendo esa potente vitalidad que, al correr de los siglos, heredaría de la batalladora raza formada por los belgas y los walones.

Hoy os hablo del autor de «El huésped desconocido» porque en este año ha tenido la rara alegría de celebrar, en su retiro apacible que domina el «mare nostrum», sus bodas de oro con la literatura. Pocos grandes hombres han conocido privilegio semejante. Aunque la inmortalidad viva alrededor de su nombre, ellos ya han ingresado en el seno usurario de la Parca. Maeterlinck, sin embargo, a la larga cadena de satisfacciones que ha elaborado en su vida, ha podido engarzar este eslabón más. La vejez, pues, no siempre es pozo de amarguras.

Sí, efectivamente, hace ahora cincuenta años que Maeterlinck obtuvo el primer éxito que habría de consagrarlo. Oigámonse a él mismo narrar la incredulidad de su padre y de sus paisanos de Gante. En su prosa admirable nos lo cuenta así:

«Mi padre poseía una biblioteca muy importante, pero en la que difícilmente encontraríamos otras obras que no fuesen de horticultura. El no había leído jamás un libro mío; eso lo aburría demasiado. Un día, a la hora del almuerzo, estábamos en la mesa cuando llegó el cartero trayendo una carta de un pariente nuestro que vivía en Bruselas y en la que nos enviaba un artículo de «El Figaro». Hubo un momento de estupor en la casa. Mi padre declaró: «¡Cómo deben burlarse de mi hijo!». En Gante, que era entonces una ciudad mucho menos letrada que actualmente, se produjo idéntica reacción, y al mismo, se comentaba:

«Esperemos unos días. Seguramente la noticia será desmentida: es una farsa que han querido jugar al pequeño Maeterlinck...» Sólo yo sabía que aquello no era una farsa y que la noticia no sería desmentida, porque conocía bien el ímpetu entusiástico y generoso de Mirbeau... El público se arremolinó en las librerías y en ellas no encontraron nada. Del libro sólo se habían tirado cuarenta y cinco ejemplares en la imprenta de un



En su villa de Niza, el autor de «La vida de las Abejas» reposa a la hora del crepúsculo.

**EL GIGANTE DE LAS LETRAS BELGAS SONRIE SATISFECHO EN SU VILLA DE LA COSTA AZUL. — HACE 50 AÑOS LOGRO EL GRAN TRIUNFO DE «LA PRINCESA MELANIA». — MAETERLINCK, ABOGADO, FRENTE A SU PADRE, HORTICULTOR. — SUS JUVENILES EXITOS EN PARIS. — LA EXISTENCIA DEPORTIVA Y LITERARIA DEL VIEJO ROBLE DE GANTE.**

por Renato Villaverde

amigo mío y no se había guardado la composición, porque mi amigo disponía de tan pocos tipos que después de impresas algunas páginas había necesidad, para continuar el trabajo, de distribuir de nuevo los caracteres...»

Esta anécdota que hemos tomado de la propia pluma de Maeterlinck se refiere a la consagración que obtuvo en el campo de las letras al publicarse los cuarenta y cinco ejemplares del drama en verso «La Princesa Melania». Ivan Gilken, conocido poeta belga de fines del siglo pasado, escribió en la prensa de Bruselas que el drama de Maeterlinck «era una obra importante que marcaba una fecha en la historia del teatro contemporáneo». Y el propio Octavio Mirbeau, en el referido recorte de «El Figaro», además de compararlo con un nuevo Shakespeare, afirmaba de «La Princesa Melania»: «Una admirable y pura y eterna obra maestra... la obra más genial de estos tiempos».

Desde entonces—1889—hasta hoy, la órbita de triunfos de Maeterlinck no ha hecho más que confirmar la visión de sus críticos de entonces. En 1912 obtuvo el Premio Nobel de Literatura. Dos años más tarde—lo que no deja de ser un éxito para cualquier escritor que ello le ocurra, especialmente en la centuria número veinte—el Vaticano excomulgaba toda la producción de Maeterlinck, a poco de haber aparecido su obra «La Muerte»; Alberto I, de Bélgica, lo ennobleció haciéndole Conde; sus libros han sido traducidos a casi todos los idiomas; las principales capitales del mundo se han disputado su presencia, atrayéndoselo con el cebo de bolsas jugosas a cambio de conferencias; posee un arsenal de condecoraciones de todos los gobiernos del globo; las ediciones de sus obras suman millones de ejemplares...

Este hombre prodigioso, en los comienzos de su carrera, tuvo que vencer la incompreensión de su padre. El autor de sus días no veía con buenos ojos las aficiones literarias de su hijo. Contra viento y marea lo hizo abogado. A poco de terminar sus labores universitarias lo envió a París para que pudiese conocer de cerca y estudiar a los grandes maestros de la oratoria forense. Su estancia en la capital de las letras, las dedicó—sin abandonar por completo las órdenes paternas—a rela-

cionarse en las peñas literarias y trabar amistades como las de Villiers y de l-Isle Adams, que lo animaron en sus empeños literarios. En París, y bajo originales pseudónimos, publicó algunos trabajos en la prensa que fueron acogidos con entusiasmo. La semilla de su futuro se adentraba cada vez con más fuerza en su espíritu.

Cuando regresó a Gante rompió sin éxito algunas lanzas en el campo del derecho, mientras proseguía, un poco a hurtadillas, sus ensayos literarios. El triunfo indudable de su «Princesa Melania» limó sus últimos escrúpulos. Colgó la toga, el birrete y volvió la espalda a la diosa Temis. La crisálida se convertía en mariposa. Un nuevo faro en el mundo de las letras comenzaba a dar su mensaje. Papá Maeterlinck acataba, aunque no comprendía. Y el próximo autor de «El Gran Secreto» se lanzaba a conquistar la inmortalidad con la espada de su pluma...

Los libros de Mauricio Maeterlinck han producido a su autor sumas fabulosas. Es uno de los escasos escritores que han llegado a la cima de los millones por el estrecho sendero de la literatura. Su Villa de Orlamonde, en Niza, como la que también tuviera Blasco Ibáñez en la Costa Azul, es popularmente conocida por los veraneantes de este trozo de Paraíso colocado frente al sugestivo Mediterráneo.

Allí vive tranquilo, un poco principescamente en la forma, pero con una encantadora burguesía en el fondo. Las letras, alternadas con los deportes, siguen siendo para él un remanso en que vuelva sus mejores entusiasmos.

Cincuenta años se acaban de cumplir desde su primer gran éxito. Un medio siglo de honores y de triunfos, justificados los primeros e indiscutibles los últimos. En sus Bodas de Oro con la literatura ha recibido obsequios, felicitaciones y parabienes desde todos los ángulos del mundo. Sus admiradores no se han mostrado remisos en mostrar su afecto al original Maestro de la prosa de diamantes. Homenajes todos bien merecidos a uno de los pocos verdaderamente hombres grandes que podemos afirmar que existen en el campo de las letras. Honor a quien honor merece...

Agosto, 1939.



# DIETETICA POLITICA

por EL Dr. Julio Cantala

HACE unas cuantas semanas que la Dieta Real de la Corte de Inglaterra sufrió una inyección de democracia. El rey Jorge VI, en el «garden party» dado en honor por el presidente Roosevelt, comió los vulgares «hot dogs», ágame obligado entre las multitudes de los Estados Unidos, cuando se congregaron en números astronómicos para presentar un «match» de boxeo o un reñido partido de «baseball».

Mientras que los paladares aristocráticos se «humanizaban» con esta clase de salchichas, Francia, al celebrar estos días el 150 aniversario de la toma de la Bastilla, popularizaba los manjares de príncipes y potentados, colocando el exquisito «paté de foie gras» a la altura democrática de los «hot dogs». Es una revolución en la dieta tradicional, similar a la que ha producido la bio-química en los anales de la nutrición.

Meyer Berger se lanzó de lleno a estudiar el origen y «estructura histórica» de ese alimento tan americano que fué ofrecido a Jorge VI por el Presidente en su mansión de Hyde Park. Las investigaciones de este escritor, publicadas en el «New York Times» el 9 de julio nos hacen saber que la citada «salchicha», que por corrupción en el idioma ha sido calificada como «perro caliente», tiene sus orígenes en épocas que datan nada menos que de hace unos 3.000 años.

En el «Sausage Manual for Retailers», especie de almanaque de Gotha de los embutidos, se afirma que en los días de Confucio la «salchicha», era un alimento ya conocido. Berger afianza de manera especial otras notas del citado manual, para decirnos que en la Odisea se menciona tal alimento como manjar de los griegos y así el «perro caliente» ha llegado a ocupar una plaza histórica paralela a la de Homero.

Cuatro mil seiscientos millones de salchichas se consumieron en el año 1937, según rezan las estadísticas de este investigador. A base de carne de vaca, cerdo, pimiento, sal, mostaza y otras especias de exótico orientalismo, el «hot dog» llega al público americano envuelto en un «tubo» de celulosa que semeja la tripa del cerdo. En esta forma esa «merienda» de apariencia vulgar, bautizada por el caricaturista MacManus en 1900 como «perro caliente», constituye hasta un alimento de perfecto «equilibrio nutritivo». El americano, en esta forma, no traiciona la dictadura moderna de la sapientísima dietética.

**La estupidez alimenticia del hombre civilizado**  
El triunfo social de la salchicha se ha consolidado en los momentos en que se han hecho públicos los trabajos del doctor Weston Price de Cleveland acerca de la influencia de la dieta sobre los pueblos primitivos que se alimentan por una fuerza instintiva. Estas investigaciones hacen ver la existencia de un fenómeno interesante y es que los pueblos de raza fuerte (ya estén en el trópico o en las regiones polares) cuya vitalidad radica en una alimentación sana, «han llegado por

medio del instinto y de la tradición a los mismos puntos dietéticos que hoy enseña la bio-química».

¿Dónde está el origen de estos conocimientos de los pueblos primitivos? No se sabe. Quizá radique en los que el doctor Walter Cannon, de Harvard (uno de los magnates de la fisiología) llama el «wisdom of the body» (la sabiduría del cuerpo) o sea un instinto que hace a los organismos seleccionar los elementos que contribuyen a la salud. Sólo el hombre civilizado desconoce esta selección alimenticia y degenera en virtud de una intoxicación crónica de sus intestinos.

El doctor Victor Heiser, del Rockefeller Instituto, propuso en las últimas sesiones de la «American Society for the Advancement of Science» una especie de dieta obligatoria que puede salvar a la humanidad de su degeneración. Este «menú» ha sido ensayado en «equipos-control» de ratas que han podido vivir hasta una edad que equivale a 60 años de longevidad humana y que a su vez ha sido confirmado en una raza del Norte de la India que muestra características físicas perfectas y gran vigor.

La dieta, en líneas generales, consiste en harina y pan integrales, unas onzas de mantequilla, cierta cantidad de legumbres cocidas, verduras en abundancia, una discreta porción de carne y «un hueso una vez por semana».

Por el contrario, una dieta opuesta a la anterior a base de gran cantidad de carne o abundancia de almidones y azúcar, ha dado por resultado la aparición frecuente de las siguientes enfermedades: Pleuresía, pulmonía, otitis media, adenoides, oftalmía, úlcera en el estómago, dilatación estomacal, pielitis, cálculo renal, anemia, pérdida del pelo y otra porción de dolencias de tipo nervioso.

La producción de un futuro super-hombre a base de una alimentación escogida, es asunto que



S. M. el Rey de Inglaterra, observa, gráficamente, los efectos que unos Hot Dogs pueden producir en el estómago. En los EE. UU. Jorge VI los elogió.

hoy no sólo preocupa a los investigadores de América, sino también a los de Inglaterra.

«El hombre, el pan y el destino».

El doctor P. Armstrong, presidente de la «British Chemical Manufacturers», dijo en su última visita a los E. Unidos que en el Imperio Británico se están realizando ensayos para obtener una especie de «dieta nacional» dirigida a producir una raza fuerte, libre de las intoxicaciones químicas del cuerpo. Hasta qué punto este programa tiene un fundamento real, es materia fácil de comprender aunque no se domine la moderna ciencia de la alimentación.

El doctor C. Furnes, de la Universidad de Yale, tiene en su libro titulado «Man, Bread and Destiny» un capítulo en el que pinta la influencia de la dieta en la mentalidad de los humanos. Dice a este propósito que el cerebro del hombre, al nacer, está enriquecido por una sustancia llamada «mielina» (en gran cantidad en los revestimientos de los nervios) que se forma de un azúcar que tiene la leche humana que se llama «galactosa».

La leche de vaca contiene un 75 por ciento menos de galactosa que la leche del hombre; por tanto la influencia de la leche animal en la formación del cerebro de un niño, tiene que ser decisiva; «lo cual no quiere decir—dice el autor—que éste sea el único motivo de que un cerebro de ternera sea inferior al de un infante».

Para corregir este defecto de la leche animal, se le añade otro azúcar (sacarosa) que tiene el inconveniente de actuar sobre la poca «galactosa» de la leche de vaca, de forma que con la alimentación artificial de este tipo, se producen ejemplares humanos de cerebro imperfecto que más tarde, en las pruebas de la inteligencia, dan un índice inferior a los niños criados por el pecho.

Existen ciertos tipos psicológicos hoy ya caracterizados de la falta de vitamina A: Pereza, som-



El democrático Hot Dog, en el país donde la cocina se preocupa ya por sus destinos históricos. El Rey de Inglaterra fué obsequiado con salchichas por Roosevelt.



## Thompson, el terror de los trasatlánticos

El misterioso hundimiento del vapor francés «París», recientemente ocurrido, vuelve a

plantear la posibilidad de atentados criminales como los que horrorizaron al mundo en otra época.

**LOS PAQUEBOTES «MOSELLE», «CIUDAD DE BOSTON» Y «COLLEAN-CASTLE» FUERON VOLADOS POR ESTE FERROZ Y DESALMADO DELINCUENTE.**

**C**ADA vez que manos incendiarias provocan deliberadamente un catástrofe marítima, como la ocurrida hace poco al paquebote «París», el público se pregunta con angustia qué misteriosos móviles agitan a los criminales que, desde hace siete años, están destrozando barcos.

Hay quienes insinúan que se trata de espías a sueldo y al servicio de una potencia enemiga. Sin embargo, ¿qué país correría el riesgo de desacreditarse por medio de tan bajos procedimientos? Por otra parte, cuesta creer que un ser humano, por grande que pudiera ser su odio o despecho hacia sus semejantes, se atreva a cometer por propia cuenta actos tan monstruosos como inútiles.

Empero, ese hombre ha existido. Se llamaba Wil-

**William Thompson, el monstruoso asesino que, para cobrar primas de seguros navieros, hacía volar trasatlánticos causando con sus atentados cientos de víctimas.**

liam Thompson y vivió hace unos sesenta y cuatro años. Operaba solo y por su propia cuenta, haciendo explotar muchos barcos repletos de pasajeros. Sacrificó así millares de vidas, y ganó fama de ser el criminal más grande del siglo XIX.

**EL ESPANTOSO ATENTADO DEL «MOSELLE»**  
La mañana del 11 de diciembre de 1875, el pa-

quebote alemán «Moselle»—excelente navio que poseía el mismo tonelaje que el antiguo «Deutschland» entonces en servicio—aprestábase a partir del puerto de Bremen en viaje hacia Nueva York, llevando quinientos pasajeros. Ya el remolcador «Sandwich» se había apostado delante de la proa del trasatlántico, a fin de quebrar el hielo del antepuerto y abrirle paso hasta la corriente. Quedaban todavía por cargar en las bodegas algunas toneladas de mercaderías y equipajes; los pasajeros y un público numeroso de familiares y relaciones que habían ido a despedirlos se apretujaba en las planchas que ya pronto se quitarían.

—¡Sujétense bien!—gritó uno de los cargadores a sus compañeros, al ver que debían ser transportadas hasta los Estados Unidos.

Dos de las cajas remontaron rápidamente vuelo y desaparecieron en el fondo de la cala. Las otras dos iniciaron el mismo camino, pero chocaron con el borde de la entrada de la bodega y de inmediato se oyó una explosión formidable, que sacudió enormemente las aguas de la rada y que hizo añicos los vidrios de las fachadas de todas las casas que daban sobre el muelle.

Un espectáculo espantoso se ofreció entonces a los ojos de quienes estaban en el puerto, y que corrían por todas partes. A bordo del «Moselle», cuyas planchas de acero se hallaban arrancadas y retorcidas, los puentes hundidos y los camarotes destruidos, se veían mezclados con trozos de madera, hierro y mercancías de toda suerte, resacas humanas casi irreconocibles. Los marineros, pasajeros, cargadores del puerto y visitantes que se hallaban en un radio de treinta metros habían sido destrozados. Fuera de ese radio veíanse también

esst». Para afirmar tal enunciado añade que el fracaso de la revolución alemana de 1848, fué debido a la alimentación del pueblo alemán, basada en poca cantidad de proteínas (carnes) y mucosos hidratos de carbono y fécula de la patata, y naturalmente Feuerbach en este camino llega a una conclusión definitiva: «Sangre elaborada con patatas, no puede hacer ninguna revolución».

La tragedia de la última guerra española, nos atrevimos a fundamentarla en sus comienzos en un problema dietario. El exceso de alimento del pueblo español y la riqueza calórica y compleja psicológica que ante cualquier estímulo—político o religioso—lleva al hombre a la guerrilla o a la barricada. El cocido español (alimento primordial de esa magnífica raza) es el origen de todos los «ismos» y «fobias» hispánicos.

Al lado de ese magnífico movimiento científico que tiende a nacionalizar el alimento humano, están los hechos históricos que demuestran que el avance de la humanidad coincide con épocas de abundancia y anarquía alimenticia. Desde hace poco se lee en New York el libro titulado «Huller's Influence On Man's History» (Harper, editor) escrito por Parmalee Prentice, obra en la que se demuestra que cuando el hombre más se ha alimentado, la humanidad ha sufrido un gran empuje.

El autor divide a la historia en dos períodos convencionales: uno anterior al 1800—épocas de hambre—y otro de tal fecha hasta nuestros días ciclo caracterizado por una abundancia alimenticia. El autor llega a la conclusión que «mientras el hombre tenga libertad para saborear a su placer los frutos de la tierra, no existirán problemas sociales y la humanidad seguirá su avance.

Pero esta libertad, según algunos, ya ha llegado a un período de desintegración al contemplar a Su Majestad Jorge VI ingiriéndose un democrático «Hot dog»...

nolencia, digestiones difíciles y falta de concentración mental. Claro que las modernísimas vitaminas no son el único factor alimenticio que influye en nuestra personalidad psíquica. Para definir en forma perfecta la influencia de la dieta en estos tipos psicológicos, McCollun ha hecho ensayos con grupos de monos alimentados con una dieta rica en proteínas (huevos, carne) que produce microbios fermentativos en el aparato digestivo y sobre todo en los intestinos.

Los monos, al cabo de tres meses de tal alimentación, se vuelven estúpidos para responder a los estímulos exteriores. La expresión de sus caras se apaga y la brillantez de la mirada se torna opaca. Al cambiar la dieta de estos animales, naturalmente desaparecen esos microbios fermentativos

**La tristeza de la carne.**  
Alguien ha dicho que los pueblos alimentados solo con carne, producen además de un tipo especial humano, unas costumbres características y hasta una música «folklórica» llena de lamentaciones. Es quizá la tristeza del intoxicado crónico que vive bajo la acción deprimente de las toxinas intestinales que a guisa de bromuro de potasio invaden todo su organismo.

La filosofía del alemán Ludwig Andreas Feuerbach está basada en parte en problemas dietéticos. «El hombre es, y piensa según lo que come», dice este filósofo en su «Der Mensch ist was er

en el suelo o sobre el puente del navío heridos acostados que gemían y pedían lastimosamente que se les socorriera. El balance de las víctimas de la explosión arrojó noventa muertos. En cuanto al número de heridos pasó de trescientos, sin contar aquellas personas que por no estar graves pudieron ir por su cuenta a curarse en sus domicilios o en hospitales.

**UN ASESINO MAQUIAVELICO**

El autor de este abominable atentado no tardó en ser conocido. Algunos instantes después de la explosión, un pasajero de primera clase que subió a último momento con billete hasta Southampton y que había escapado milagrosamente al desastre, se encerró de pronto en una cabina del puente trasero, que por un milagro no fuera destruída, y se descerrajó un tiro en la cabeza.

Ya no cabía la menor duda. Ese pasajero debía ser uno de los responsables de la catástrofe. Lo recogieron casi muerto, lo transportaron al hospital de Bremen y, cuando su estado lo permitió, lo sometieron a interrogatorio sobre las razones de su tentativa de suicidio.

—Soy el dueño de esas cajas que se introducían en la bodega—dijo, en mal alemán—. Me llamo Wilhelm y procedo de Dresde, donde he dejado a mi esposa y a mis dos hijos. Puse en esas cajas cierta cantidad de dinamita que un mecanismo de relojería, sin tic-tac, debía hacer explotar únicamente en un momento dado, es decir, dentro de ocho días.

Después de estas primeras declaraciones, el miserable entró en estado comatoso. Pero el lector imaginará la exaltación e indignación que produjeron semejantes palabras. La noticia se expandió rápidamente por Bremen y pronto se vió a las puertas del hospital una muchedumbre enardecida que reclamaba enérgicamente que se le entregara al monstruoso dinamitero para hacerse justicia con sus propias manos.

Así, pues, el asesino pensaba desembarcar en Southampton sabiendo que el envío se encontraría tres días más tarde en pleno océano y calculando que desaparecería completamente bajo las aguas con sus quinientos pasajeros y con sus ochenta tripulantes.

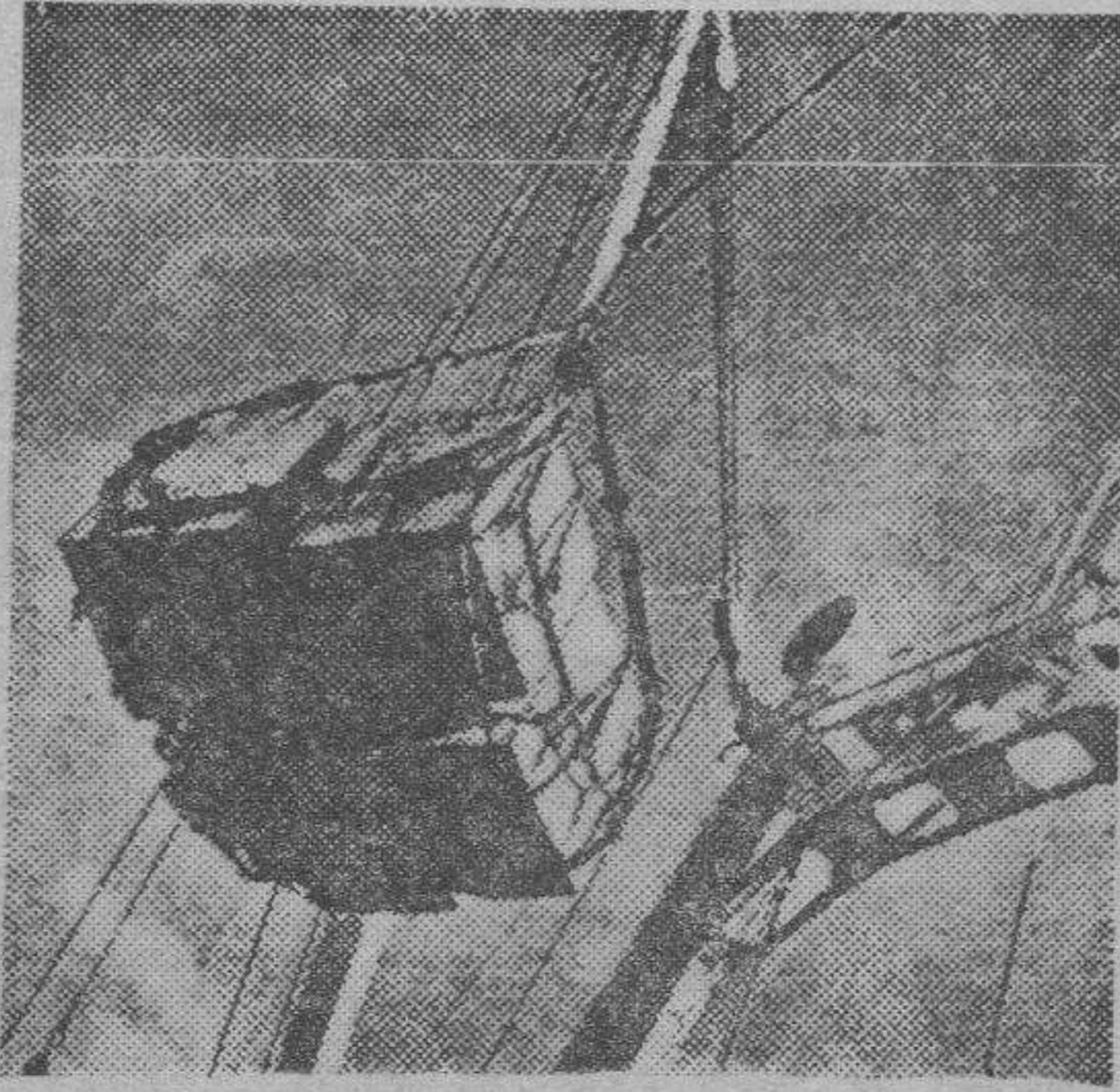
Pero todavía todos se perdían en conjeturas con respecto a los móviles de tan espantoso proyecto. ¿Obedecería la actitud de Wilhelm Thomas a un deseo de venganza contra alguien que viajaba en el «Moselle»? Unas notas redactadas en inglés y que se le hallaron al miserable aclararon el secreto del dinamitero: se trataba de una especulación tan simple como abominable.

Habiendo embarcado sobre el «Moselle» cuatro grandes cajas de mercancías ficticias—figuraban como tapices artísticos y estaban asegurados en una suma respetable—, el diabólico criminal contaba reclamar a la compañía el monto del seguro una vez que llegaran a Europa noticias de la pérdida del barco. El miserable había, pues, colocado su bomba calculada en una de las cajas con el único propósito de enriquecerse de golpe especulando ferrozmente con varias centenas de vidas humanas. Detalle atroz: había tomado las precauciones necesarias para entrar nuevamente en posesión de esas cajas al llegar a New York para el caso de que el sistema de explosión fracasase, a fin de probar de nuevo su monstruoso proyecto sobre otro barco que partiese rumbo esta vez a Europa.

**MAS DE MIL VICTIMAS**

El 15 de diciembre de 1875 tuvieron lugar en Bremen, en presencia de los ministros de Prusia, las solemnes exequias de las noventa víctimas del atentado.

De pronto, en la comitiva fúnebre circuló un rumor espeluznante que provocó el pánico. Se había propalado la noticia de que el dinamitero hizo despaçar otras cajas sobre el paquebote y que una de éstas fué cargada, en el «Salier», barco que partiría hacia Nueva York en reemplazo del malhadado «Moselle». Inmediatamente se realizó entre las cajas que se encontraban a bordo del «Salier» una prolija revisión, viéndose entonces que ninguna de ellas estaba expedida a nombre de Wilhelm Thomas. El rumor carecía de fundamento, pues el pro-



Bultos de mercaderías que las grúas depositan en el fondo de las bodegas. Una operación tan común como inocente pero que, sin embargo, puede ser el medio para introducir explosivos con criminales designios.

pio asesino, en sus últimos instantes de lucidez, afirmó que había colocado sólo una bomba, la que había explotado.

—¿La construyó usted mismo?—le preguntaron.

—No. Fué un mecánico de Bernburg, llamado Fuchs. Pero no sabía el uso que yo haría de ella. Le di otros motivos bastantes plausibles. El reloj debía funcionar en todas las posiciones y sin el menor ruido, y producir, al desconectarse, al cabo de ocho días, un choque equivalente a la caída de un peso de treinta libras desde una altura de unos diez centímetros. El plan del mecanismo había sido establecido por mí desde hacía diez años.

—Así, pues, ¿usted premeditó su monstruoso crimen durante tan largo tiempo?

—No—respondió el dinamitero, con un postrero esfuerzo—, ésta es la tercera vez que hice construir; las otras...

El miserable no quiso decir más. Por no querer hacer otras confesiones más terribles, se arrancó súbitamente las vendas de su cabeza y sucumbió, casi de inmediato, el 16 de diciembre a las cuatro de la tarde, a raíz de una fuerte hemorragia.

A pesar de todo, y gracias a unos apuntes que le hallaron encima y a otros encontrados en su

domicilio de Dresde, del cual desaparecieron su esposa e hijos sin que se haya sabido nada de su paradero, se supuso que era también el autor de otros dos atentados cometidos contra la nave «Ciudad de Boston», de la compañía Imman, desaparecida en 1872 con sus quinientos ochenta pasajeros y ochenta y cuatro hombres de tripulación, y contra el «Collean-Castle», gran navío inglés que partió de Liverpool para Australia en el mes de mayo de ese mismo año 1875, y del cual no se tuvieron noticias, por lo que se deduce que se hundió con su tripulación y sus ciento cincuenta y dos pasajeros. Tal debía ser la suerte del «Moselle» y sus ocupantes.

**LA MAQUINA INFERNAL**

La investigación realizada en Dresde y en los Estados Unidos reveló que el miserable se llamaba, en realidad, William Thomson, y que había nacido en Brooklyn. Allí percibió el beneficio de su primer atentado y en Liverpool el del segundo. Había así cobrado ochenta mil marcos de seguros, los cuales fueron repartidos entre las familias pobres de los que sucumbieron en el «Moselle».

Cuantos le conocieron en Dresde lo representaban como un hombre de carácter dulce, tranquilo, y un excelente padre de familia. El constructor-mecánico Fuchs, de Bernburg, al cual recurrió para construir su máquina infernal, lo tomó por un honrado hilandero de Dresde.

—Un solo detalle me pareció sospechoso—confesó el mecánico Fuchs—; fué el pedido de mi cliente de que no se oyera el tic-tac del reloj. Ahora comprendo el por qué. De todos modos, no se atrevió a pedirme que preparara el mecanismo de manera que pudiera resistir cualquier pequeño choque y es por eso que, en momentos que la caja chocó contra el borde de la cala, el mecanismo fatal adelantó su obra. De modo que, por ese detalle, he salvado sin proponérmelo, la vida a algunos cientos de pasajeros.

No habiendo seguido ningún proceso a este espantoso asunto, el nombre de William Thomson cayó en el olvido con el de sus centenares de víctimas. Pero es de todos modos interesante recordarlo en momentos en que otros paquebotes, no menos lujosos, vuelan misteriosamente, y cabe preguntarse si existe otro espíritu tan perverso que opera por cuenta propia para hacer desaparecer mercaderías ficticias, generosamente cubiertas por seguros. Esto no es más que una sugestión para quienes investigan el asunto...

**SEA ROBUSTO !**

El uso del Quinium Labarraque á la dosis de una capita de licor después de cada comida basta, en efecto para restablecer en poco tiempo las fuerzas de los enfermos más agotados. Por consiguiente, aquellas personas débiles, debilitadas por la enfermedad, el trabajo ó los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rapido; los anémicos, los ancianos debilitados por la edad, deben tomar vino de



**Quinium Labarraque**

APPROUVÉ PAR L'ACADÉMIE DE MÉDECINE DE PARIS

Dépôt : Maison FRÈRE  
19, Rue Jacob, PARIS



# Regeneración

Por David Garth

LOS dos años pasados en Santo Dorando habían reconciliado a Bill Rondelay con muchas cosas y hecho indiferente a otras. Se había acostumbrado a los peligros del trópico, de los nativos y una saludable filosofía lo llevaba a aceptar sin protestas el salario de setenta dólares mensuales que la compañía de frutas «Dominion» le pagaba por su trabajo en la plantación de bananas. En otras palabras, Bill Rondelay estaba conforme con su destino...

En los prospectos de propaganda de las compañías navieras, se describía a Santo Dorando como «un puerto de mar tan primitivo en muchos de sus aspectos que se diría perteneciente a un mundo distinto». No decían más, y aún esa breve descripción era forzada; alguna excusa había que dar a los pasajeros por la escala en el pequeño puerto del Este de la India, fijada en los itinerarios con una duración de diez horas. Pero con descripción o sin ella, los pasajeros no mostraban curiosidad alguna por visitar Santo Dorando; rara vez bajaban a tierra considerando que no lo merecían esos campos de plátanos, los caminos bordeados de vegetación lujuriente y los «bungalows» miserables en su mayoría, que parecían constituir todo el pueblo. En cuanto a los habitantes, nada había en ellos de pintoresco: negros semidesnudos, atléticos, de expresión estúpida, curvados bajo el peso de las cargas que en interminables viajes transportaban del depósito de la compañía al barco.

Contemplando desde la puerta de su «bungalow» el hermoso trasatlántico anclado en la bahía, Bill, que conocía muy bien la poca inclinación de los pasajeros hacia Santo Dorando, experimentó cierta sorpresa al ver que desembarcaba una joven vestida de blanco. No aguantará ni diez minutos en Santo Dorando... — se dijo Bill sin mucho interés y pronto olvidó a la viajera. El buque allá, en la bahía se destacaba contra el azul del cielo; los marineros trabajaban fuerte para llevar las cargas a los botes. Cada vez se reduce más la producción... Bill en su soledad se había acostumbrado a dar voz a sus pensamientos. Pero si lo piensan así en la central, pueden elegir entre irse al infierno, o venir aquí y tratar de mantener activos a cientos de nativos que nacen, viven y mueren horaganes...

Unos pasos leves, una voz musical muy cerca de él lo volvieron a la realidad.

—¡Hola! ¿Cómo está usted, Bill Rondelay!

No hubiera sido más espectacular el salto de Bill si en lugar de la jovensita alta, hermosa — con una belleza morena, ardiente en el reflejo de los negros cabellos, — una aparición de otro mundo se hubiera hecho visible para sus ojos. Los de la joven, grandes ojazos color violeta, lo contemplaron sonrientes y un poco burlones.

—No era mi intención asustarlo. ¿Se ha olvidado ya de esa chica llama Nora Shelton?

—¡Nora Sheldon! —la simple mención de ese nombre traía más vívida aún que la presencia de su poseedora mil recuerdos e imágenes, casi enterrados en la profundidad de su indiferencia por todo lo que había sido y ya no era.— ¡Nora Sheldon!

—¡Por fin me reconoce! — La jovencita extendió un brazo dorado por el sol y su mano fué a estrechar la de Bill.

—¿Qué diablos está usted haciendo en este «paraíso» de sol ardiente y mosquitos? —En la interrogación de Bill había una sugestión de fastidio que se completaba en su mirada fría.

El mismo movimiento del brazo dorado esta vez señalando el trasatlántico a la distancia.— He venido en un crucero... Cuando se nos dijo que haríamos escala en Santo Dorando, lo recordé a usted y aquí me tiene... ¿Es éste el empleo por el cual abandonó estudios, hogar y amigos?

—Sí... —respondió cortés y sucintamente.— Este es el empleo... —El clima del trópico que hace de sus nativos personificaciones de la inercia y del abandono, provoca en los blancos una reacción análoga. Demasiado entrenado para el esfuerzo físico, en Bill la inercia se había manifestado en su mente por medio de la indiferencia

más absoluta hacia todo. Ahora mismo, pasado el primer momento de sorpresa, se apoyó en una silla contemplando a la joven sin el menor asomo de interés.

—Aquí el calor pesa sobre uno, opresora y terrible, Rondelay... —Nora se había sentado en un sillón de mimbre y observaba al joven con sagaz expresión. Adivinaba en ese rostro severo muchas cosas que la boca de labios finos y apretados no decían— Vamos, muchacho... — la risa sacudía su voz musical.— ¿A qué viene ese gesto de disgusto? No he venido aquí con propósitos de conquista..., aunque quizá usted lo haya pensado con la incomparable modestia masculina... Aquello — ¿lo llamaremos amor? — que una vez creí sentir por usted está bien-muerto, o mejor dicho se desvaneció, puesto que era sólo una sombra... Ahora estoy de novia, comprometida para casarme, y soy muy feliz...

—Mis más sinceras felicitaciones... —la voz de Bill no expresaba nada; era hueca, vacía. Mirando las manos de uñas manicuradas, el rostro ligeramente maquillado, el cabello brillante de Nora, lo único que se le ocurrió fué que la aristocrática joven estaba tan lejos de Santo Dorando como si viviese en otro planeta. No escajaba su delicadeza y elegancia con ese infierno de calor, de negros y de trabajo... Dió varios pasos mordiendo nerviosamente los labios, porque cada vez era más fuerte el hálito de vida y recuerdos que Nora traía consigo.



—¿Se acuerda de cuando me consideraba usted una especie de planta venenosa? —dijo ella reminiscente.

—¿Una planta venenosa? .Oh, no! Sólo una coqueta deseosa de agregar mi nombre a la lista de sus víctimas por el hecho de ser yo un astro del futbol... Me alegro que se haya corregido... —concluyó fríamente.

Nora no pareció ofendida por esas rudas palabras; amaba la sinceridad sobre todas las cosas y sabía que había mucho de verdad en las palabras de Bill. Un sin fin de recuerdos se despertaron en su alma y volvió a ver a Bill tal cual lo conociera: alto, rubio, de ojos profundos, un muchacho poco dado al «flirt» a las frases bonitas y que despreciaba a esas jovencitas de sociedad bullangueras y vanas, con más pies que sesos.

—Dos años... —murmuró Nora pensativa.— ¿No se ha cansado ya de este lugar?

—¿Con todo el trabajo a mi cuidado? ¡Oh no! —Los dedos finos y nerviosos de la joven tamborilearon en la mesa.— ¿Por qué no vuelve, Rondelay? — preguntó bruscamente.— Le faltaba sólo un año para acabar su carrera cuando dejó todo... por esto.

—Escuche, criatura... —Bill estaba fastidiado

y no lo ocultaba.— Si dejé los estudios fué porque no tenía dinero para continuarlos y vine aquí porque en otra parte no encontré empleo... Usted me sugiere volver... ¿Volver a la Universidad? ¿Ahora? No diga tonterías... Ya tengo veinticuatro años...

—¿Es que no «quiere» usted volver, Rondelay? Bill se pasó la mano por la frente en un gesto de cansancio.—Siempre lo he deseado...— dijo bruscamente.— Y tal vez lo haré... algún día... —Espere un par de años más —sugirió ella con riente ironía.—Y el trópico habrá hecho una víctima más... ¿Por qué no sacude de sí esa inercia que amenaza hundirlo? ¡Vamos! Vuelva a América, a la Universidad, al team de fútbol... Ellos lo necesitan a usted y usted los necesita a ellos... Si no lo hace ahora, está perdido...

También ella sabía decir las verdades sin disfrazarlas con eufemismos. Hubo un silencio breve e intensísimo, algo pareció estallar en el aire sofocante. Después, porque Bill sabía reconocer la sinceridad, su voz se hizo más suave. —¿Cree, Nora, que yo necesito sus palabras para saber lo que debo o no debo hacer? ¡De usted! Pero, criatura... usted, hija de un millonario, mimada y consentida, no sabe nada de la vida...—sacudió la cabeza admirado de las pretensiones de la joven.—Es claro que quiero volver... Ni usted, ni nadie puede imaginar lo que esa Universidad representaba para mí... Se interrumpió temeroso de su propia emoción. Ya no miraba a la joven. —Volver? Yo no tengo un padre millonario que me firme un cheque... y las perlas se encuentran en las ostras, no en las bananas, Nora...

La aludida se puso de pie. Todavía soy la planta venenosa para usted, Rondelay... Afortunadamente ya no me importa...

—Ec que jamás la importó... replicó él amargado. Cuando después de cada partido importante usted y sus amiguitas se acercaban a nosotros veían a los hombres, sino a los campeones. En nuestro caso particular, yo me negué a ser juguete de sus caprichos; eso ha sido todo...

—¡No!— quien sabe qué lucha de sentimientos arrancó ese grito de la garganta de la joven. —Un gran amor estaba destinado a florecer en nuestras vidas, pero fué arrancado de cuajo por sus prejuicios y desconfianza... Usted no tuvo en cuenta que yo era todavía una chiquilla, aturdida y no mala....

Asustada de su propia vehemencia y de lo que revelaban sus palabras, Nora se esforzó en sonreír despreocupada. ¡Qué tonta soy! ¡Como si eso importara! Ahora tengo novio y estoy muy enamorada... Bien, se hace tarde... Adiós, Bill Rondelay, y buena suerte...

—Adiós... y «bon voyage», Nora... Su visita me ha sido muy grata...

Y lo había sido a pesar de todo... Viendo como se alejaba su silueta cimbreada. Bill se dijo que con ella se iba la primera visión de América, después de dos años... Y se iba dejando una estela de recuerdos, una nostalgia profunda...

Bill había estado muy cerca de su padre y muy cerca de tener el mismo trágico fin cuando al explotar una carga de dinamita en la mina que ambos inspeccionaban, el anciano Rondelay fué proyectado por los aires y enterrado luego entre las rocas. Sólo su cabeza y el hombro derecho habían quedado a nivel de suelo. Bill —milagrosamente ileso— se llegó a él con la más horrible de las desesperaciones atenazando su pecho. Ninguna palabra había brotado de los sangrantes labios del moribundo, pero su mirada posada con inmenso cariño en el hijo sonreía trémulamente. Segundos después espiraba con la cabeza en el pecho de Bill. Este volvió a la ciudad con una incurable herida en el corazón y se encontró solo, sin el que había sido amigo, camarada, padre, todo encarnado en el mejor hombre del mundo. El abogado de los Rondelay —Jorge Hastings— le impuso entonces de otra mala nueva. Liquidados los negocios de su padre, que había sido ingeniero de minas, apenas le quedaba para vivir unos meses. Eso significaba un adiós a la Universidad de Wilmarth, donde esperaba graduarse de ingeniero. Su renuncia levantó un coro de quejas y protestas; no por nada Bill Rondelay era el orgullo de la Universidad, a la que había procurado más de un resonante triunfo en el fútbol. Pero Bill era demasiado orgulloso para aceptar nada y una noche de luna se despidió de la Universidad. Sentado en un cerco, contemplando los campos silenciosos, los edificios de piedra gris, Bill se prometió volver. He sido demasiado feliz aquí... No puedo dejar trunca esta página de mi vida. Volveré.

Y al dejar días más tarde Wilmarth por Santo Dorando, sufrió como si perdiera a su padre por segunda vez. La misma sensación experimentada ahora en su «bungalow» con el perfume sutil que Nora dejara a su paso.

El trasatlántico en que viajaba la joven puso fin al crucero, amarrando en la rada de Nueva



York. La tarde de ese mismo día una elegantísima joven solicitaba una entrevista con el famoso abogado Jorge Hastings, y porque la joven llevaba el apellido del millonario Sheldon, no hubo antesala para ella.

Un par de ojazos violeta se clavaron en el abogado. Señor Hastings... Usted no me conoce, pero yo he oído su nombre mencionado por un amigo común, el señor Bill Rondelay a quien he visitado recientemente en Santo Dorando...

—¿Bill Rondelay? —repitió el abogado con interés?— ¿Cómo está ese querido muchacho?

—Muy bien... —contestó Nora Sheldon brevemente. Señor Hastings —prosiguió con gravedad,— como antiguo amigo de la familia Rondelay... ¿No cree usted que Bill debe concluir sus estudios? Me consta el deseo del interesado de hacerlo así... pero aunque de estudios no se tratase, ese muchacho necesita volver a su país... Allí en ese lugar, dejado de la mano de Dios, se está embruteciendo moral y físicamente... Esa vida no es para sus veinticuatro años llenos de posibilidades...

—Bien... —el abogado estaba perplejo, —pero el camino de vuelta está abierto...

—No, no lo está —corrigió la joven.— Las perlas no se encuentran en las bananas, señor Hastings... Lo que Bill necesita es dinero y por eso he venido hoy aquí... Escuche bien... Usted

conoce cuán orgulloso es Bill; no oceptaría dinero de nadie y menos de mí. ¿No podría usted ayudarme diciendo que el dinero viene de un deudor o de otra parte?

—No, señorita... Yo no puedo prestarme a una farsa de esa naturaleza... Lo siento.

—¡Oh! ¿No comprende usted que lo que le pido es la salvación de un hombre? ¿Y de un hombre a quien usted conoce, a cuyo padre ha conocido, y que no le puede ser indiferente? Bill se perderá en Santo Dorando... Usted no tiene derecho a privarme de ayudarlo, a privarlo a él de realizar algo cuya esperanza ha constituido su único asidero moral... Volver a su querida Universidad, terminar su carrera...

—Este... —le costaba un evidente esfuerzo al honesto abogado acceder a un engaño, pero como la muchacha había dicho, él tenía cierta responsabilidad en la vida de Bill Rondelay... Supongo que ningún derecho me asiste para privar a nadie de su gusto... Trataré de ayudarla (señorita Sheldon, pero no me atengo a las consecuencias si Bill llega a averiguar el origen de ese dinero...

—¡Es usted un ángel, señor Hastings! Dentro de un momento le enviaré cinco mil dólares que usted entregará a Bij Rondelay bajo cualquier pretexto. En cuanto a las consecuencias, no se aflija... Yo sabré hacerles frente en la ocasión oportuna, que ojalá no se presente—añadió para sí.

—Señorita... tendría usted inconveniente en decirme por qué hace esto?

Al enrojecer levemente, el rostro moreno se hizo más bello, pero la voz suave no acusó la menor alteración. Ningún inconveniente... Lo hago en recuerdo de otros tiempos... Conocí a Bill Rondelay cuando lo poseía todo y quisiera verlo otra vez así...

El abogado Hastings con la sensación mortificante de quien comete una felonía, envió el dinero de Nora Sheldon a Bill Rondelay diciendo que era el producto de unas acciones revalidadas. El telegrama de respuesta llegó tan rápido y decía tanto en su brevedad que el buen anciano se emocionó. «Vuelvo sin perder un instante a mi patria y a mi Universidad».

Volvió Bill a su patria y a su Universidad, pero tanto había idealizado a una y a otra en su ausencia que forzosamente debió sentir el choque de la realidad. Pensó que todo había cambiado, cuando el único en cambiar fué él... Ya no era el muchacho sin experiencia, de dos años antes, sino el hombre fogueado en el trabajo y las preocupaciones. Desolado comprobó que se encontraba fuera de su centro, una verdadera antigüalla entre todos esos muchachos despreocupados. Tampoco encontró placer en la práctica de su formidable juego, y sus hazañas se había forjado casi una leyenda y al verlo integrar de nuevo el equipo universitario, alumnos y ex alumnos por igual exigieron de él ese juego brillante que ya no estaba en condiciones de ofrecerles.

Al final de un partido desastroso, que concluyó con el fracaso de su equipo, Bill salía sombrío y cabizbajo cuando vió un lindo auto estacionado en la puerta de estadio.— ¡Hola, Bill Rondelay!— exactamente como en Santo Dorando... Era Nora Sheldon.

—¡Hora, Nora!— saludó Bill sorprendido

—Asistí al partido, Bill... Estuvo usted muy bien... El comentario fué recibido con un encogimiento de hombros. Dejemos eso... Usted se estará preguntando qué hago aquí, ¿eh? Unas acciones revalidadas me abrieron el camino, pero le aseguro que lo lamento...

—¡Oh!— se sentía desazonada y no lo ocultaba. ¿No deseaba usted volver?

—Sí... pero está todo tan distinto, me siento tan extraño... En fin, no hablemos más de mí, por favor... ¿Y usted, Nora, qué dice? ¿Cuándo se casa?

Ella hizo un delicioso mohín. El año próximo... —los ojos violeta se levantaron hacia él.— Bill, ¿qué le pasa?

—¿A mí? ¡Oh, nada en particular! Es que estoy cansado...

—Vaya, lo lamento mucho... Adiós, Bill y buena suerte...

Bill se aplicó en sus estudios de ingeniería, pero renunció al fútbol y a la primera oportunidad fué a visitar a su abogado.—Hastings... estoy aquí perdiendo tiempo y dinero —dijo bruscamente. Sus pasos nerviosos lo conducían de un lado al otro de la habitación. —Todavía no he renunciado al puesto de la compañía de frutas y volveré a Santo Dorando en cuanto termine el primer bimestre en la Universidad...

La cara del abogado era un estudio de expresiones. La señorita Sheldon y yo creímos que iba usted a terminar el año...

—¿La señorita Sheldon?— repitió Bill encolezado. ¿Qué tiene que ver Nora Sheldon conmi-



go? ¿Por qué mezcla usted su nombre en mis asuntos? ¿De dónde la conoce?

—Vamos, muchacho, no se altere... A la señorita Sheldon la he conocido a raíz de una consulta que me hizo poco después de haberlo visto a usted en Santo Dorando...

Sea porque desde el principio había desconfiado un poco del cuento de las acciones o porque el rostro del abogado reflejaba algo de culpabilidad, el caso es que atando cabos, Bill vió claramente la intervención de Nora. ¡Hantings! ¡Dígame la verdad! ¿Ese dinero pertenece a Nora?

El silencio sepulcral del anciano fué suficiente respuesta para el humillado Bill.

—Muy bien —dijo entre dientes.

—Yo no creí hacerle ningún daño, Bill— dijo el abogado carraspeando fuerte.— Ella parecía tan ansiosa de ayudarlo, me rogó tanto...

De haber hablado en ese momento sólo un torrente de palabras furiosas podía haber profestado Bill; por eso optó por callarse.

Una serie de partidos importantes tuvieron lugar en el estadio de la Universidad y Bill oyó hablar de ellos desde su habitación donde se hallaba entregado al estudio. La víspera del último match, llamaron a su puerta. Rondelay, hay una señorita en el hall que desea verte... Era Nora Sheldon... El cuerpo entero de Bill fué un manojo de nervios. Bill... los ojos violeta brillaban afiebrados, ansiosos. No ha jugado usted la semana pasada y tampoco para mañana figura su nombre en los programas... ¿Está usted enfermo? ¿Se ha lastimado?

—No... contestó roncamente. Estoy vencido; eso es todo... Y usted con su limonsna me ha proporcionado el golpe de gracia. Sí; no me mire en esa forma, lo sé todo, «todo» ¿lo comprende? Le devolveré lo que me resta de su maldito dinero... No podré sentirme un hombre hasta haber arrancado de la tierra de Santo Dorando el último níquel de mi deuda...

¿Ha terminado usted? Nora se odiaba en ese momento por el temblor que sacudía su cuerpo. Se clavó las uñas en las palmas y su mirada indomable se clavó en él. Pues bien, ahora escuche, Rondelay... Los dos años en Santo Dorando lo han convertido en un hombre sin ideales, y sin

voluntad... El maldito sol tropical ha secado en su corazón hasta la última gota de ardor juvenil, de fe en sí mismo, en los otros... Y ha vuelto usted para desilusionarnos a todos... —las palabras salían a torrentes de su boca.

—Para vencer, sea en futbol o en la vida, hay que tener «ideales», voluntad, energía... Usted los poseía; para mí y para todos fué usted una promesa de grandes cosas... Pero ahora..., ahora, Rondelay, es usted un cuerpo nada más, un cuerpo musculoso con un alma indiferente, fría sin voluntad... Había puesto el dedo en la llaga; claramente lo decía la palidez de Bill, su sorpresa...

—Usted es una criatura, Nora..., ¿qué sabe de esas cosas?— dijo con un esfuerzo.

—Soy una mujer; no tendré experiencia, pero poseo intuición... Riase si quiere y vuelva a Santo Dorando... Este no es sitio para mercaderes. Esta vieja Universidad está sostenida por el entusiasmo juvenil, la tradición, el espíritu; algo grande que se adhiere al alma y queda con uno para siempre prestando visión y ambición en la lucha de la vida... Las lágrimas humedecían las espesas pestañas, su voz era un mero suspiro. Usted mismo lo pensaba así antes y contagiaba su fe a los demás. Por usted aprendí yo a amar este lugar... y ahora se rie de todo y porque quise patrocinar su vuelta, usted me arroja el dinero a la cara. Rondelay, —es usted un fracasado!— con las lágrimas cayendo a torrentes de sus bellos ojos, Nora se marchó dando un portazo tras sí.

Bill quedó solo, aplastado por tantas verdades. ¡Nora! ¿Qué fuego el suyo, qué vitalidad! Su voz apasionada, vibrante, seguía resonando en sus oídos... Sus ideales..., también él los tenía... antes. Pero Nora... ¿quién podía imaginar que ella los había compartido? Y él que la acusara de coqueta... No era en él en quien pensaba después de todo, sino que todo lo había hecho por la Universidad... Bajo quien sabe qué misteriosa influencia, se vió abocado a una terrible lucha de sentimientos y en la tranquilidad de la noche de luna— tan semejante a la de dos años antes —contemplando esa Universidad que representaba cualidades espirituales antiguas e indestructibles, algo en su alma resucitó a la vida; la regeneración de su voluntad y energías.

Al día siguiente lo demostró en la cancha, ante miles de personas que se apiñaban en todas las dependencias del estadio. Era el antiguo Rondelay, el muchacho lleno de energías, de fe, que levantaba oleadas de entusiasmo con su juego espectacular. Sus compañeros, sorprendidos primero, lo secundaron después. Fué este un partido inolvidable, y casi sin precedentes en los anales del deporte estudiantil; la corrida final en la que Bill Rondelay dió a su team el goal de la victoria fue un alarde de agilidad e intrepidez. Pocas veces una gritería igual se elevó, muy pocas un jugador recibió mayor ovación que Bill Rondelay al finalizar el partido.

No quedaba nadie en el vestuario, cuando Bill salió de él; ningún auto esperando delante del estadio. Nora había estado allí después de su fracaso contra el team de Michigan...; ahora que su nombre aparecía de nuevo en los periódicos, ¿cómo de estaba? Probablemente con su novio... Bill hundió sus manos en el bolsillo, ¿cómo sería ese hombre? Bien, quien quiera que fuese, era un ser envidiable... Nora era un tesoro. El lo comprendió ahora, cuando ya era demasiado tarde...

Sin poder resistir su deseo de verla, se llegó hasta la mansión de los Sheldon y Nora vino hacia él incomparablemente hermosa y animada.—¡Sheldon, oh, héroe!— saludó sonriente.— Mis felicidades...

Ahora se arrepentía de haber venido... El amor que una vez había sentido por esta hermosa criatura, el mismo que pretendiera ahogar en su pecho, resurgía con la vuelta de su fe en la vida de su voluntad para luchar. Nora, tengo mucho que agradecerle... He vuelto a encontrarme a mí mismo, me he regenerado, gracias a usted... Terminaré el año en la Universidad, Nora, y el dinero se lo devolveré cuando pueda...

—Así me gusta, Bill... Termine lo que ha empezado con fe y entusiasmo...

Bill elevó los ojos hacia ella, estremecido. Algo en la voz de Nora había hecho latir su corazón locamente. Pero se contuvo, ella tenía dueño!—Espero que me enviará una invitación para su boda... —dijo con voz ronca.

Una sonrisa deliciosa iluminó los grandes ojos y se expandió en los rojos labios.

—¿Boda? Pero, Bill... ¡si ni siquiera tengo novio! Si le dije que estaba comprometida, así en Santo Dorando, fué para que usted se sintiera menos molesto conmigo...

Hubo un silencio, un silencio roto por la voz temblorosa de Bill... Oh Nora! Sé que merezco tu amor, pero dime, ¿me quieres? ¿me perdonas? ¡Yo te adoro!

El éxtasis se reflejó en el rostro de Nora.—¡Bill, queridísimo! ¡Cuánto he esperado esas palabras! Durante dos años luché por olvidarlo y cuando vi que era imposible, que me había robado el corazón para siempre, fui a buscarlo a Santo Dorando...

Una nube oscureció el semblante de Bill.—Nora, yo no tengo dinero y soy demasiado hombre para vivir del tuyo... Tendremos que ir a Santo Dorando un tiempo aún y...

—¿Qué importa eso? He aprendido a cocinar, sé cómo se hacen las camas y se limpian las habitaciones... ¡Oh, Bill! Santo Dorando contigo será el paraíso...

Bill, loco de alegría, maravillado de que tanta felicidad pudiera tener cabida en el alma, la apretó en sus brazos decidido a conquistar mundo y fortuna para ella...

## MUY BREVES

### MARCA FATAL

El Rey Víctor Manuel de Italia ha conferido el Orden de la Annunziata al Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania von Ribbentrop. Los últimos extranjeros que recibieron este honor fueron el Rey Zog de Albania y el Emperador Haile Selassie de Etiopía.—(Londos Times)

o o o

### EN LOS TRIBUNALES

Ella.—Nos encontramos en asientos contiguos en el cine, nos hablamos, nos hicimos amigos. Al salir noté que no tenía mi cartera y estoy segura de que sólo él pudo habérmela robado.

Juez.—Pero, ¿dónde tenía usted su cartera?

Ella.—En la media.

Juez.—Pero si la guardaba en la media, ¿cómo pudo el acusado tomarla sin que usted lo advirtiera, no sintió usted su mano cuando la tomó?

Ella.—Sí, señor Juez, sentí la mano pero creí que las intenciones de este hombre eran honorables.—(Off the Record)

# Nueva Controversia en HOLLYWOOD:

## ¿Hay necesidad de darse besos?

**H**OLLYWOOD, julio de 1939.— Algunos directores cinematográficos insisten en afirmar que el beso, en la pantalla, ha dejado de ser un elemento útil como recurso interpretativo, y que debería, por lo tanto, ser eliminado de todas las escenas amorosas.

Otro grupo, igualmente resuelto, discute con calor a favor del ósculo. Estos osculófilos, si se nos permite el término, sostienen que una película desprovista del tradicional «cuerpo a cuerpo» del fin tendría tanta aceptación por parte del público como un buen chorro de vinagre en el vermut.

He aquí la opinión de William Wyler (anti-osculista), que dirigió «Alturas borrascosas» una de las cintas de trama sentimental que más éxito han tenido últimamente:

—A mí me parece que el beso en las películas es cosa anticuada. El beso ha pasado de moda. Hasta hace poco rodábamos invariablemente ocho rollos de película para llegar finalmente al abrazo y beso que significa el término de la cinta. Actualmente, empero, debemos ser más sutiles. Los públicos de hoy no quieren que se les pinten los dramas con brocha gorda.

«El abrazo volcánico, típico de los primeros films de Rodolfo Valentino, causaría risa ahora. Lo ha probado la reciente reedición de esas películas. Hasta los chicos se ríen ahora de esas escenas, y los adultos se sienten molestos cuando se dedica demasiado metraje a ellas.

«Cabe agregar que en la mayoría de las cintas de Hollywood el beso es algo simplemente incidental. En efecto, hemos reducido el metraje de los ósculos a su mínima expresión: dos segundos, cuando más, mientras que anteriormente se les consagraba a diez a quince.

### AMOR SIN BESOS

Wyler subraya que hizo sus mejores escenas amorosas en «Cumbres borrascosas» sin recurrir a los besos. El sentimiento expresado por Laurence Olivier y Merle Oberon ocupaba un plano «mental», como dice Wyler. La escena se representaba más con los ojos que con los labios.

—El beso cinematográfico pertenece a la época en que los cómicos se tiraban pasteles a la cabeza y en que era necesario exagerar los sentimientos para dar la cinta el efecto deseado. Dentro de pocos años quedará desterrado por completo.

Leo McCarey, que dirigió «Love Affair» (Lance de amor), es otro que cree que el ósculo cinematográfico está en camino a la desaparición. A pesar de su título, esta película está casi por completo desprovista de besos. Hay sólo dos excepciones (dos escenas brevísimas en las que Irene Dunne y Charles Boyer practican este antiguo arte.

Estábamos en el escenario cuando McCarey ultimaba sus preparativos para rodar una de las dos escenas con besos de la cinta. Tenía que darlo Boyer a Irene Dunne en el camarote que ésta ocupaba en un buque que salía de Europa con destino a América. McCarey, que es gran partidario de los tonos suaves y delicados, quería que se abriera la puerta del camarote en el momento en que comenzaba el beso, estando invisible la pareja y viéndose solamente la mano de Irene, que empujaba suavemente a Boyer hacia el corredor.



Una escena excesivamente frecuente del cine americano: el beso. En esta crónica exclusiva de Hollywood se ofrecen las reacciones en pro y en contra del beso.

## ALGUNOS DIRECTORES CONSIDERAN QUE EL OSCULO ESTA PASADO DE MODA.—OTROS OPINAN QUE NO PUEDE PRESCINDIRSE DE TAN DULCE INGREDIENTE SIN QUITAR FUERZA A LOS ARGUMENTOS.

### UN PROBLEMA IMPORTANTE

McCarey discutió la escena largamente con los artistas antes de dar orden de que se fotografara. Este iba a ser un «beso sin besar» algo que diera al público una impresión de ternura pasajera, según las palabras del director. Era fácil ver que McCarey consideraba esta escena mucho más difícil que la tradicional del abrazo apasionado.

—La acción debe hacer que el público imagine la escena —decía McCarey—. Quiero decir que es la expresión del rostro lo que importa. La expresión antes del beso y después de él; no el beso mismo.

Y eso es precisamente lo que McCarey llevó al lienzo. Nos enteramos más tarde que había pasado ocho horas enteras de conseguir el efecto que buscaba. En la pantalla la escena pasa en menos de treinta segundos.

Entre los directores que insisten en afirmar que el beso es absolutamente necesario para la buena interpretación cinematográfica del amor figuran profesionales que han tenido tanto éxito como Ernst Lubitsch, Edmund Goulding y Michael Curtiz. Los tres son partidarios del drama sutil y quiere que los besos en sus cintas, obedezcan a una serie de principios bien definida.

—El beso —dice el húngaro Curtiz en su mal inglés— es todavía importante y seguirá siendo importante al interpretar las emociones y los sentimientos. Pero si yo intervengo demasiado, ¡puf!, el efecto desaparece. Y si yo no hago nada, los artistas meten la pata. Yo les digo cómo deben besar, les hago repetir las palabras, y les dejo hacer. Algunas veces sale bien. La mayoría de las veces sale como la mona, y hay que volver a rodar la escena de nuevo...

Con que así están las cosas en Hollywood...

## PENSAMIENTOS

Lo importante no es ser serio sino que ser serio sobre las cosas importantes.

ooo

Las mujeres aprenden a besar con tanta naturalidad como las moscas a pararse en las calvas.

ooo

Cuando la fortuna está de nuestro lado la popularidad está con ella.

ooo

En público todos somos cuerdos; en privado todos somos locos.

ooo

Dar consejo es como besar: barato y agradable.

El líder de hombres es el que crea ilusiones. El pensador es el que las destruye.

ooo

No te presentes de candidato para cargos públicos si no quieres que tu mujer se entere por los diarios de la clase de tipo que eres.

ooo

Hay hombres que desprecian la buena suerte cuando pasa por su lado. Cuando una mujer rehúsa casarse con ellos lo proponen a otra.

ooo

El verdadero amigo es siempre el que nada necesita.

ooo

Nadie puede engañar al hombre que se conoce a sí mismo.



**H**ORA parece que va a ser aclarada la vieja controversia de quién inventó el cine, y según todos los indicios es un inglés quien le arrebatara a Edison y Lumiere el laurel que hasta la fecha habían compartido en una suerte de amigable componenda entre los franceses y los norteamericanos. Este caballero, desconocido del público, se llamó William Friese-Greene y era natural de Bristol. El 21 de junio de 1889, hizo justamente 50 años el pasado mes, registró en la oficina de patentes de Inglaterra el invento número 10.131 conocido con el nombre de «aparato perfeccionado para tomar fotografías en serie», al que podemos describir como legítimo antecesor del cine.

**EL CINE DE 1829 A 1877**

Friese-Greene había oído hablar del aparato denominado «fonógrafo» construido en los Estados Unidos por Thomas Alva Edison, y decidió comunicarse con el Brujo de Menlo Park. Como su invento funcionaba sobre el principio del obturador que fragmenta el movimiento y lo reproduce con la velocidad de la luz—vulgo, cine—él le mandaba el secreto a su colega con el objeto de que éste lo combinara con un mecanismo de sonido y produjese películas habladas.

Edison no reveló tener interés en el invento del inglés, pero después patentó uno muy parecido que le hizo acreedor a ser proclamado conjuntamente con Lumiere como el originador del cine. Antes de morir, sin embargo, reconoció que Friese-Greene se le había anticipado, cosa que quedó por lo demás hartamente demostrada durante el ruidoso proceso contra el monopolio cinematográfico de Nueva York en 1910 y en el cual hizo acto de presencia el caballero de Bristol como testigo principal.

Reconstruyendo la historia del invento no puede afirmarse, desde luego, nada absolutamente concreto. Habría que remontarse al primer tercio del siglo 19 para hacerles cumplida justicia a cuantos colaboraron en su evolución. La fotografía fué inventada por Niepce en 1829, pero la idea de reproducir escenas en movimiento la concibió por primera vez un hombre ciego, Plateau de Gantes, quien en 1833 construyó un juguete que llamaba el «penakistoscopio» que creaba la ilusión del cine por medio de una serie de dibujos pasados en rápida sucesión ante la vista. Este «juguete» estaba en uso todavía en 1860, ligeramente modificado, aunque su utilidad para exhibición no pudo ser explotada sino hasta 1877 con la invención del lienzo para proyecciones de M. Renaud.

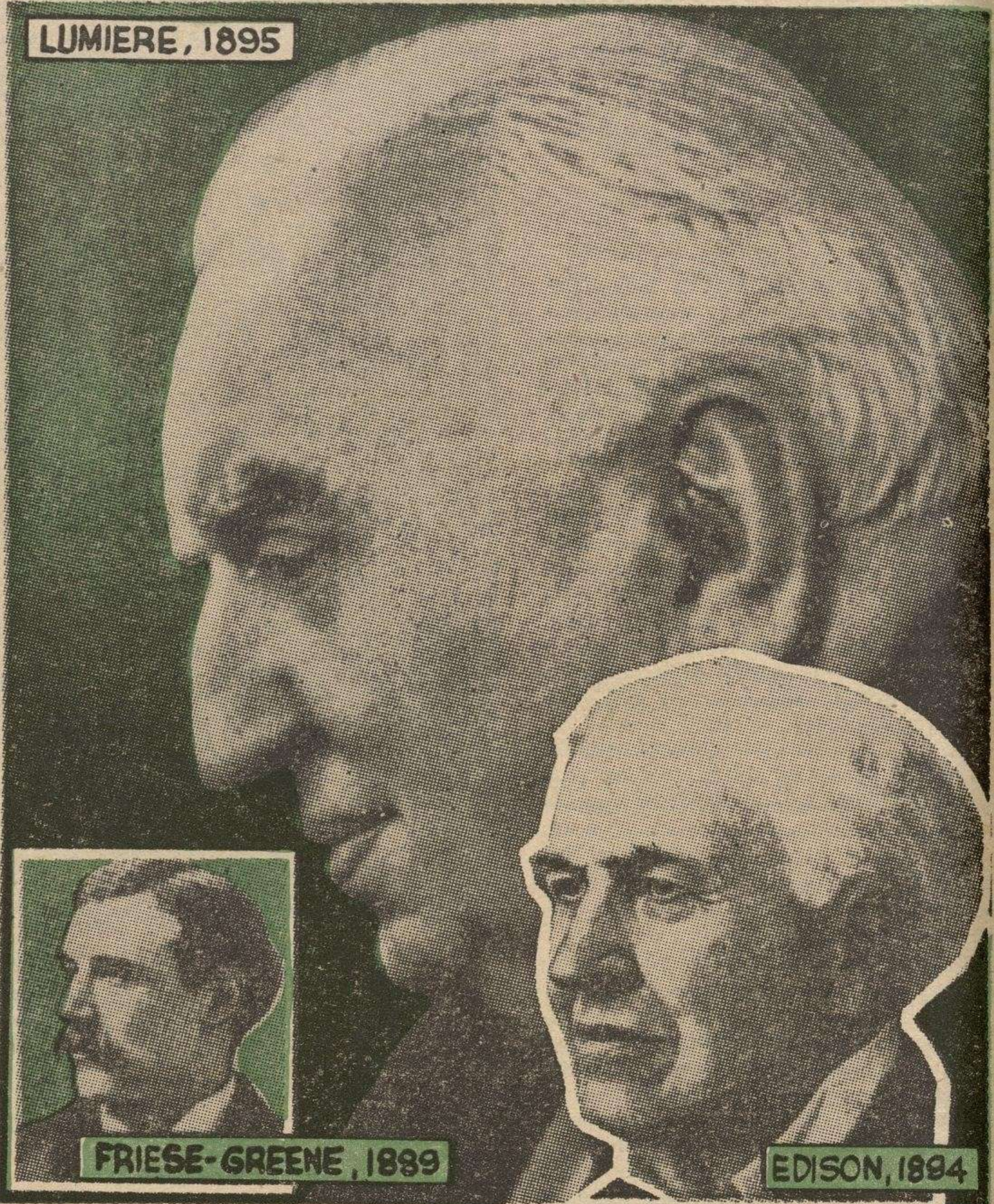
**EL ANTECESOR DE EDISON Y LUMIERE**

Es curioso notar que el film en forma de cinta, y la cámara cinemática de Friese-Greene datan ambos de 1888. La cámara de Greene y la de Evans perfeccionada en 1890 tomaban diez fotografías por segundo. Al darse a conocer estos inventos, ya M. Muybridge llevaba once años experimentando con el propósito de combinar la fotografía con el «juguete» de Plateau y había logrado fotografiar un objeto que pasaba en movimiento delante de una serie de cámaras fijas sincronizadas para las exposiciones sucesivas que constituyen la acción.

El kinestoscopio de Edison apareció en 1894. Era un aparato que proyectaba las fotografías en series por medio de un film detrás del cual había una lámpara eléctrica. Las imágenes se veían por una abertura que daba al obturador interior donde eran proyectadas las escenas en rápida sucesión para crear la ilusión del movimiento.

El proyector de Lumiere, inventado en 1894 y usado en 1895, lanzaba las imágenes en agrupación con-

**LUMIERE, 1895**



**FRIESE-GREENE, 1889**

**EDISON, 1894**

*William Friese-Greene, inglés, inventó la cámara de fotografías en serie en 1889, cinco años antes que Edison el kinestoscopio y Lumiere el proyector cinematográfico. Le mandó su invento a Edison para que éste lo combinara con el suyo del fonógrafo e hiciera películas habladas.*

**UN GENIO INGLES QUE SE ANTICIPO A EDISON Y LUMIERE.— EXPERIMENTABA CON LA TELEVISION Y EL AEROPLANO ELECTRICO HACE 45 AÑOS. ORIGINO 74 INVENTOS IMPORTANTES**

secutiva sobre un lienzo, con lo que quedó transformada la concepción científica de Friese-Greene en un invento cuyos principios básicos nadie ha logrado alterar hasta hoy, excepto para añadirles el elemento del sonido en que ya había pensado el inventor inglés al revelarle a Edison su secreto.

**FRIESE-GREENE, INVENTOR EN GRANDE ESCALA**

Ninguno de estos ingenios europeos se ocupó de sacarle al cine el partido que Edison le sacó a sus numerosos inventos. Cuando Friese-Greene murió en Londres en mayo de 1921, minutos después de pronunciar un discurso en el que se declaraba por la coordinación de todas las industrias para trabajar por el bienestar común, le encontraron en la bolsa 1 chelín y 10 peniques. Desde 1889 había registrado 74 inventos en la oficina de patentes. En 1892 se dedicaba a perfeccionar un contador de corriente eléctrica y a estudiar la conservación de los alimentos. En 1893 trabajaba en vistas panorámicas; en 1895 perfeccionaba un método para encender cigarrillos y pipas de fumar.

Durante los tres años siguientes experimentaba con explosivos, cartuchos, papel, tipografía sin tinta y generación de la fuerza motriz. El año 1899 tiene listo

un aparato que capta las ondas hertzianas y que no se diferencia mucho del radio aparecido en 1921. Para 1910 ya ha registrado su método de transmitir imágenes por medio de la electricidad, que no es otra cosa que el principio básico de la televisión. Las patentes números 16.606 y 25.595 son de 1907 y le consagran como el inventor del aeroplano eléctrico.

Mientras los primeros comerciantes de Hollywood, David Wark Griffith, Carl Laemmle y William Fox, se dedicaban a explotar la cámara de Edison, el proyector de Lumiere y unas cuantas invenciones auxiliares de Friese-Greene, éste estaba pasándolo muy mal económicamente. En 1910, durante el proceso del monopolio cinematográfico, sus declaraciones hicieron sensación, pero ningún provecho sacó de ellas, sino interesar a los banqueros de Wall Street en apoderarse de la nueva industria. De regreso a Inglaterra fué encarcelado por deudas. Al salir de la prisión se dirigió al laboratorio para seguir experimentando con la fotografía en colores inventada por Lumiere.

**UNA INDUSTRIA DE 2.000 MILLONES**

De estos fervorosos esfuerzos humanos surgió el arte de las películas, inaugurado espectacularmente con la cinta «Quo Vadis» producida en Italia en 1914 por el





CARRERAS EN VELOCIPEDOS CON ACTOS MALABARES. — Primera carrera en velocipedos efectuada el 19 de septiembre de 1875. Como la simple carrera no tenía chiste ni despertaba interés en el público, era necesario ejecutar actos de equilibrio y de acrobacia durante la competencia.

# EL DEPORTE

## hace 50 años

**H**ACE medio siglo las llamadas «exhibiciones deportivas» no se tomaban muy en serio, pues el público las encontraba extravagantes y no sabía qué opinar, sobre todo, si se trataba de un viaje de París a Moscú en zancos, o de una carrera entre un hombre y un caballo.

La palabra inglesa «sport» se puso muy de moda hace cincuenta años, pero su significado o interpretación no era el que hoy le damos; se trataba de algo parecido a chiste, juego o diversión... Naturalmente era una diversión especial que hacía recordar en cierto modo los tiempos de Grecia, los gladiadores romanos, y los diferentes ejercicios a que se entregaban los antiguos pueblos del mundo.

Unos cuantos, sin embargo, se daban cuenta de que una nueva era de juegos y competencias daba principio otra vez en la historia de la Humanidad. Había carreras de caballos, campos gimnásticos y algunas otras formas de practicar el sport; en el

campo se jugaba pelota y se nadaba...; pero los hombres que se consideraban serios y sensatos no daban importancia a esas cosas.

La curiosidad, naturalmente, hacía que la gente fuera a presenciar las «exhibiciones deportivas» y de ahí que pronto se despertara una especie de fiebre por el sport.

Se hacían cosas raras, curiosas y grotescas de las que hoy nos damos poca idea; el público las tomaba como «atracciones», algo así como las de un circo, y el sport consistía en ir a presenciar.

Sobre la calidad o cualidad deportiva de una caminata a pie durante seis días, se discute todavía y no pocos opinan que se trataba de un acto soso y sin importancia. Hace cincuenta años, sin embargo, este era un deporte muy de moda en los Estados Unidos y en Inglaterra. Había un cinturón de plata cedido por sir John Astley para el que caminara más rápido en seis días, premio que se disputaban los competidores como en estos días la Copa Davis.

En una ocasión en que la famosa competencia de seis días de caminata se efectuó en el Gilmore Garden de Nueva York, acudió tanta gente a presenciarla, que todo Broadway y el Madison Square Garden estaban llenos durante todo el día, y los periódicos importantes mandaban a sus reporteros diariamente para informarse del estado que guardaba la competencia.

No había descanso para los concursantes, durante seis días con sus seis noches tenían que caminar lo más rápido posible. El público se animaba o decaía, según el estado de sus preferidos, tal como sucede ahora.

El pequeño inglés Rowell con su conocido «paso de perro» era casi siempre el favorito y el ídolo de las damas chicas y grandes.

No menos preferido por el sexo femenino fue Fritz Kaepernick, de Leipzig, el famoso corredor que competía en velocidad con un caballo.

Sobre una carretera corrían hombre y animal una distancia de seis mil cuatrocientos metros, y es necesario hacer notar que pocas veces era el caba-

CARRERAS EN ZANCOS.—CAMINATAS DE SEIS DÍAS A PIE.—COMPETENCIAS ENTRE COCHES DE ALQUILER.—CURIOSAS PRACTICAS DEL DEPORTE, LAS CUALES NO SE SABIA SI TOMARLAS EN SERIO O CONSIDERARLAS COMO TONTERIAS.—EL ORIGEN DE LA PALABRA «SPORT».

llo el primero en llegar a la meta.

En toda Europa hizo Kaepernick esta demostración de su habilidad como corredor, y fué el Nurmi de aquellos tiempos.

Otro importante evento era el de las carreras de coches de alquiler en Viena. Ninguna carrera de caballos, por interesante que fuera, reunía tanto público como esta competencia, la cual se efectuaba a principios de cada año en el Prater de Viena.

Solamente podían competir los coches con licencia de la ciudad, medida ésta que tomaban para protegerse contra los participantes que pudieran venir del exterior. Los representantes de S. M. y un grupo de los más destacados nobles formaban el jurado. El público iba hasta con veinticuatro horas de anticipación para obtener buenos lugares y poder presenciar a su gusto esta justa de animales y cocheros que nada tenía de sport...

Monsieur Sylvain Dornon, un panadero de Arcadon, se hizo llamar «corredor de distancias en zancos» fué otro de los que conquistaron gran fama en su tiempo. El día 12 de marzo de 1891 salió de la Plaza de la Concordia, de París, trepado en unos zancos de un metro veinte centímetros de altura, con dirección a Moscú.

El panadero dando pasos gigantes, cubría una distancia de siete kilómetros por hora y llegó a Moscú un día después del que había señalado para su llegada; allí fué el héroe del día. Se gastó unos diez mil francos en los agasajos; pero ese dinero lo recuperó con buenos réditos en los pocos meses subsecuentes.

Su hazaña fué comentada en toda Europa con gran entusiasmo, y en cada pueblo por donde pasaba el panadero, era esperado con júbilo y gritos de alegría.

A pesar del éxito obtenido por Dornon los zancos no tuvieron aceptación en el deporte moderno y quedaron relegados para los niños o para los «tontos».

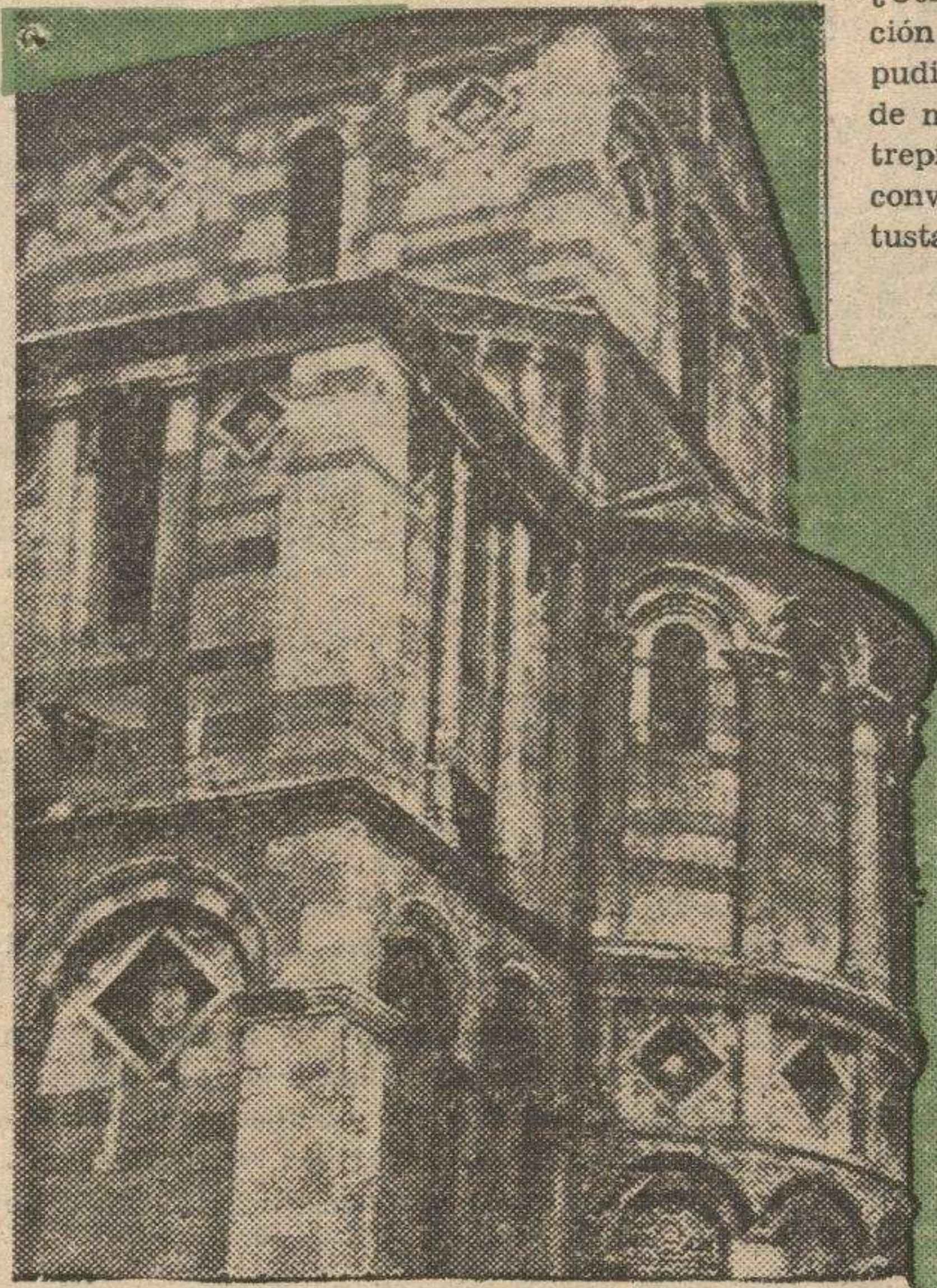
Algo parecido le sucedió a Mr. Allan Thompson, de San Francisco, quien quiso introducir su «Mecedora ilusión» como un deporte.

Se trataba de una mecedora común y corriente instalada en un cuarto; pero lo raro de esto consistía en que el cuarto estaba invertido, es decir, en el techo estaba dibujado el piso y tenía algunos muebles adheridos, la decoración de las paredes y las puertas igualmente hacían juego con los muebles de modo que el infeliz que estaba en la mecedora sentía la impresión de estar con la cabeza hacia el suelo y los pies hacia el techo.

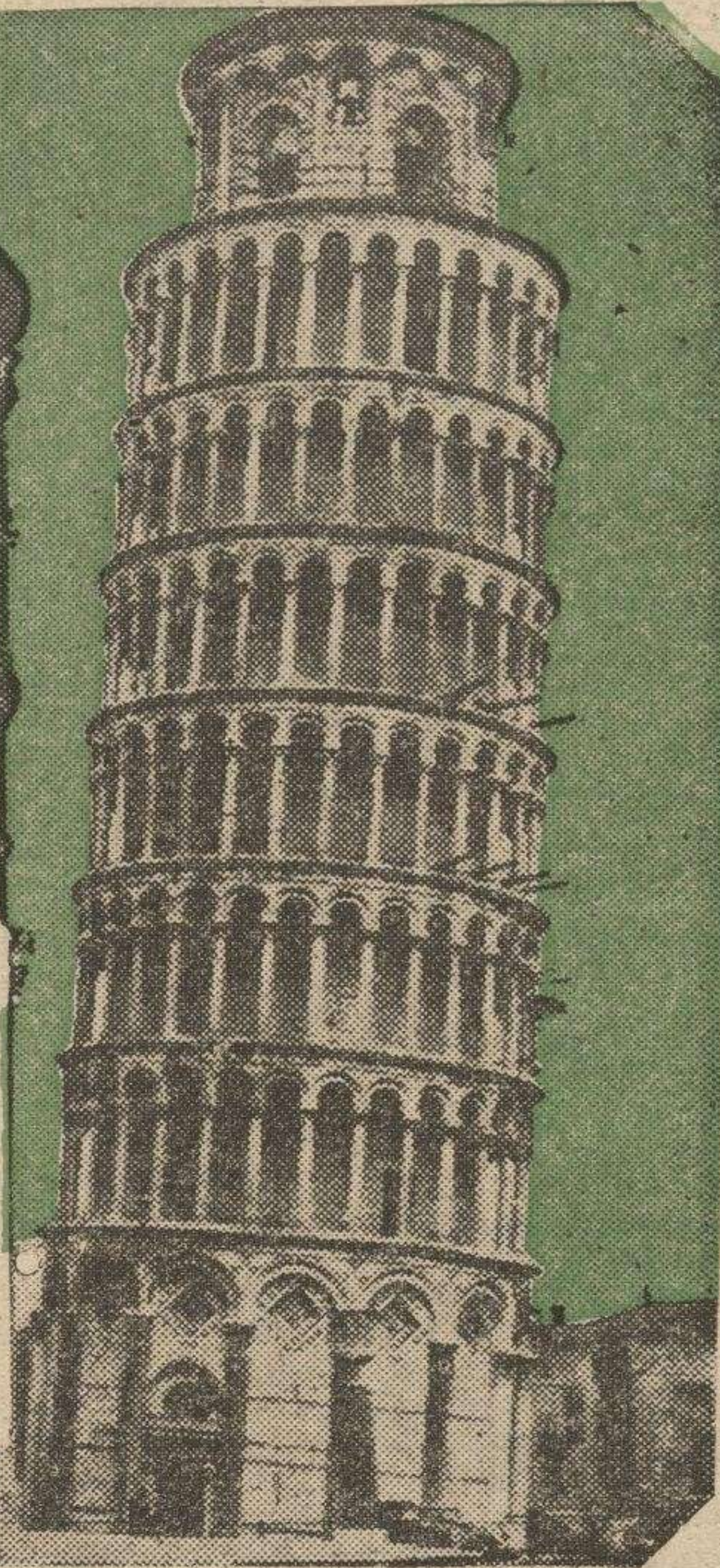
El vencedor de este «deporte» era el que, después de varias mecidas, mostraba mejores nervios; en otras palabras, el que menos mal se sintiera. Si eso no fué una tontería entonces no hay tonterías en el Mundo.

Varios años se necesitaron para descartar muchas raras ideas de lo que es el deporte, hasta que éste llegó a ocupar el significado de una cosa que debe tomarse en serio, ya que los vicios en la interpretación poco a poco fueron desechándose.

¿Cómo era posible que, con la notable inclinación que presentaba sobre su centro de equilibrio pudiera sostener en su extremo a un campanario de muchas toneladas de peso, sin caer vencida estrepitosamente?... ¿Cuál era la causa que la había convertido en un gigantesco equilibrista de vestusta piedra?...



La TORRE  
Inclinada de  
Pisa



“DENTRO DE TRES AÑOS CAERA LA TORRE DE PISA”

ESTE ALARMANTE VATICINIO FUE LANZADO POR LOS TECNICOS EN 1910. VEINTINUEVE AÑOS DESPUES LA TORRE CONTINUA SIENDO UN MISTERIO DEL EQUILIBRIO.

por VICTORIO ROMEU

**E**N el mundo hay cientos, millares de torres. Muchas de ellas famosas por su antigüedad, altura, pasado histórico, estilo o rareza arquitectónica... Pero quizá ninguna posea la popularidad y el renombre que, desde hace siglos, envuelve a la torre inclinada de Pisa en una atmósfera extraña de absurdo matemático, de burla inconcebible a las inmutables leyes de gravedad y a la sabiduría insatisfecha de los seres humanos.

Desde aquel ya lejano instante en que su verticalidad, atacada por quién sabe qué ancestral bebez, empezó a oscilar, transformándose en un difícil problema para los arquitectos e ingenieros de Italia, su nombre corrió por todos los rincones de la tierra, convertido en tema apasionante de discusiones populares, polémicas científicas y burles mordaces.

¿Cuánto tiempo tardaría en desplomarse?... Es posible que, ya en el siglo XII, Bonnano de

Gisa y Guillermo de Innsbruck, los dos ingenieros militares que la construyeron por encargo del cónsul de la ciudad, Tocco Griffi, se hayan formulado estas mismas preguntas. La respuesta a ellas es un enigma que aun en nuestros días, a pesar del enorme adelanto de las ciencias exactas, sigue manteniendo su incógnita.

TORRES QUE SE INCLINAN EN EL MUNDO

En verdad, no es ella la única que tenga esta particularidad singular de la inclinación. En el Tírol existe una torre a la que va unida una curiosa leyenda. Es esta la de Terlán, de la cual se dice en el país que se inclinó un día al ver pasar junto a ella a una dama que jamás mentía, y que así ha quedado esperando en vano el paso de otra mujer con esa difícil cualidad...

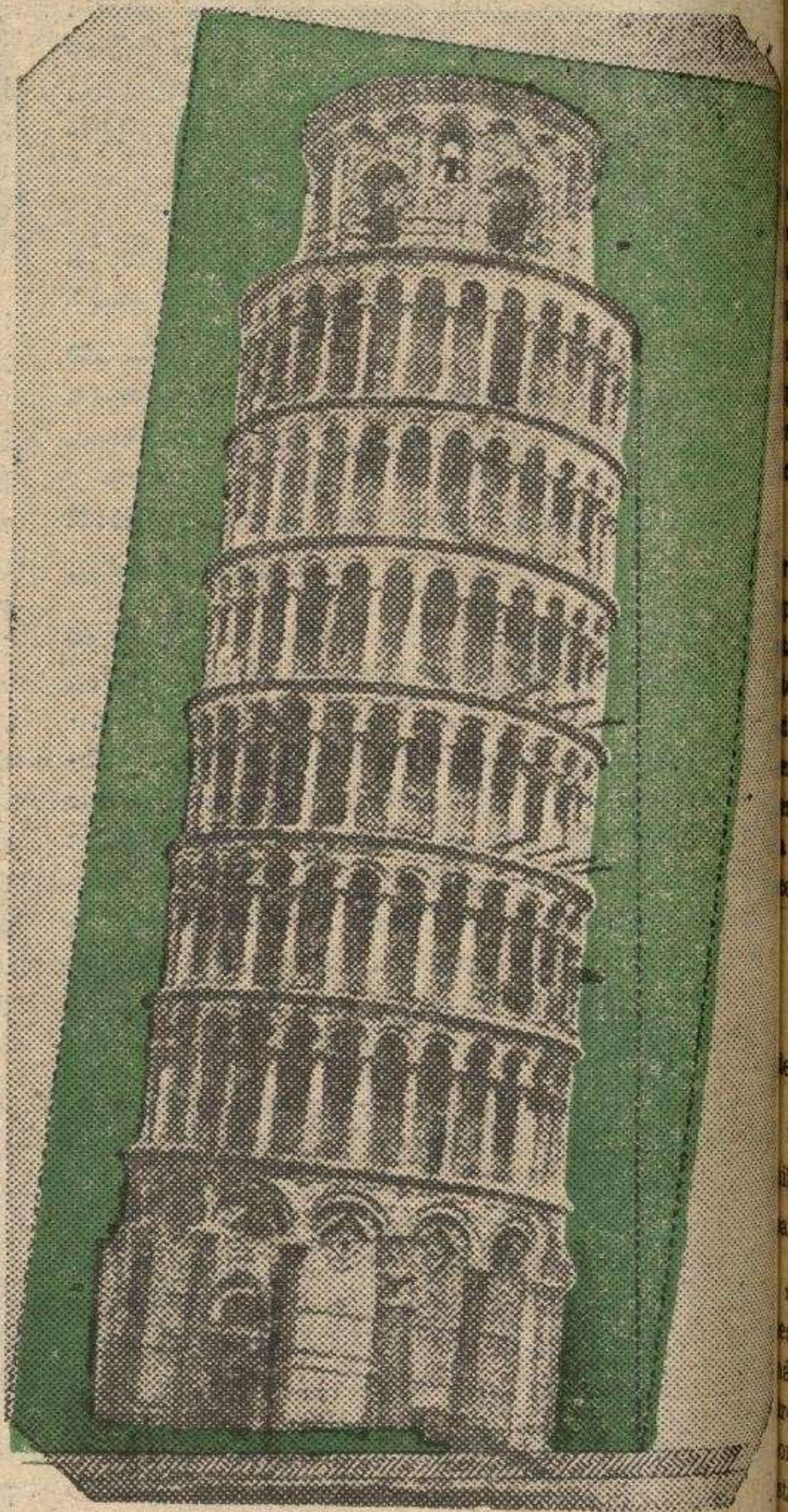
Además, en Prusia existen las de Sankt Maurice y Ems; en Mayen hay una que sirve de campanario a la histórica iglesia de San Clemente; en Bru-

jas, Bélgica, está la antiquísima Des Halles; en Ragoza, la Torre Nueva; la de San Martín, en Ruel; en Persia, la de Kesham; Hai Shin es nombre de otra situada al norte de China... para no proseguir con esta lista, que sería extensa diremos que, solamente en Italia, país en que halla, existen en la actualidad cuatro torres inclinadas: las de Asinelli y Garisenda, en Bolonia; la Ghirlandina, en Módena, y la Doná de Viggo, único resto conservado del castillo que mandó construir en el año 920 el obispo de Adria. Sin contar el antiguo «Campanile», que era uno de los monumentos más preciados de la plaza de San Marcos, en Venecia, que, inclinada por la pesada carga ejercida en su cúspide, el desmenuamiento de sus arcos de sustentación, la atmósfera húmeda y salida de las lagunas sobre las que asentaban sus endeblés cimientos y los rayos repetidas veces alcanzaron su torre, el 14 de julio de 1902 se hundió, pereciendo varias personas en la catástrofe.

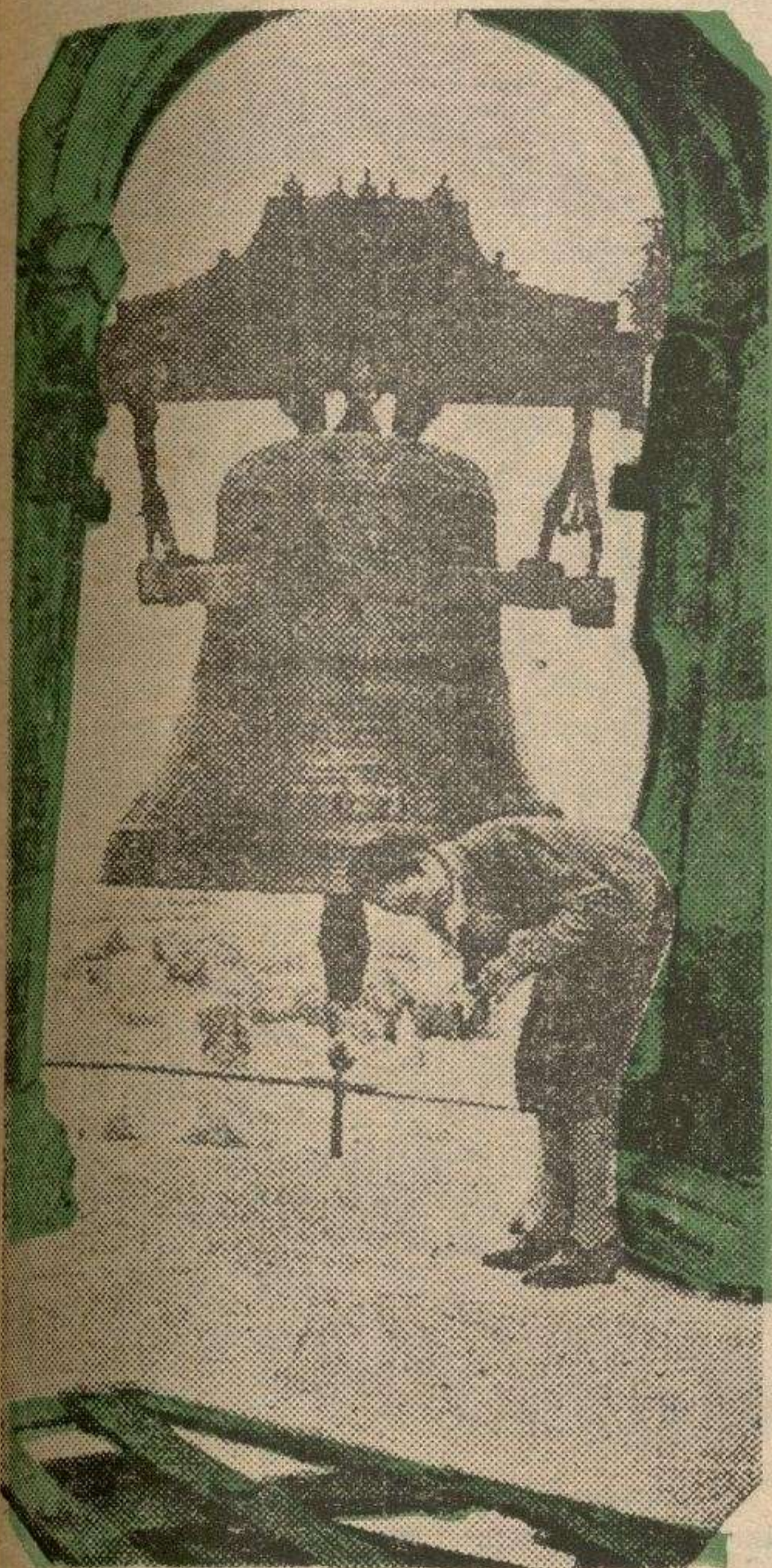
UNA BURLA A LAS LEYES DEL EQUILIBRIO

Mas ninguna de las nombradas ha sido causa de tantos equívocos matemáticos, predicciones científicas y fracasadas y... temores. Si se hubiera tenido en cuenta lo que sobre ella se ha vaticinado de una manera categórica y definitiva, la torre de Pisa ya hace varios años que tendría que ser un montón de escombros y... un montón irreconocible de escombros. Y ha habido motivos de sobra para suponerlo. En 1829, la torre se apartaba 15.5 pies de la perpendicular. ¡En 1910, la desviación era ya de 16.5! El derrumbe era inminente, y, ante la alarma que produjo, la Comisión Regia de Ingeniería Italiana, al iniciar los trabajos necesarios para mantener la sustentación, comprobó, también, que los cimientos de la torre sólo miden metros 2.97, lo que prueba sin duda alguna, que fueron construídos para mantener su edificio completamente vertical, y, lo que es más grave, que descansan sobre un subsuelo pedregaloso, sumamente húmedo.

En aquellos días, al plantearse la cuestión de la seguridad del monumento, la embajada italiana en Londres realizó indagaciones para averiguar el



La famosa torre de Pisa. Las líneas de puntos indican el extraordinario ángulo de inclinación que acusa.



Una de sus antiquísimas y pesadas campanas, colocadas a una altura aproximada de 140 pies. Los curiosos ascienden hasta esta plataforma por medio de una escalera que tiene 330 peldaños.

Adoptado de ciertas importantísimas medidas de la torre, tomadas en 1817 por dos estudiosos ingleses llamados Cresy y Taylor. Elas habían sido publicadas en un libro titulado «Arquitectura de la Edad Media en Italia», del cual eran autores los mencionados señores. En el primer experimento llevado a cabo por Cresy y Taylor, la plomada acusó una inclinación de metros 3.815. Para comprobar si la medida era exacta, se descolgó sucesivamente la cuerda de la plomada desde la cornisa de cada piso, y se obtuvo una desviación total que difería poco más de un centímetro de la prueba inicial.

Con la base de estas mediciones, los ingenieros de la Comisión Regia hicieron nuevas comprobaciones, cuyos resultados crearon una expectativa de angustias y temores en torno de la vieja torre: ¡se hallaba 4.85 metros fuera de la perpendicular, incluyendo la proyección de la cornisa, que era de 0.852 metros! Sin contarla, su proyección era de 4.14 metros, lo que probaba que, desde 1817 a 1910, su inclinación había aumentado en ¡30 centímetros y medio!...

¿CUANDO CAERA?

«¡Su derrumbe es inminente!... ¡Pasar por debajo de ella es un peligro de muerte!...»

«¡El cardenal Malfi, arzobispo de Pisa, ha prohibido, por decreto especial, que suenen sus campanas, pues ello puede precipitar la catástrofe!...»

«¡Una guardia permanente de soldados la rodeará, para evitar que nadie penetre en ella! Además, en veinte cuerdas a la redonda no podrán circular vehículos de ninguna clase, pues la menor vibración es suficiente para hacer desplomarse precipitosamente a ese coloso de pies de arcilla, que, injustificadamente, está amenazando la vida de los pisanos... ¡Es un deber echarla abajo, antes que caiga sembrando el horror!...»

«¡La comisión de técnicos de Mesina ha decretado que la torre no podrá sostenerse más de

tres años, a lo sumo!... ¡Pasado ese tiempo, hasta el soplo de un niño la derribará!...»

Así se hablaba en 1910 y... ¡ya han transcurrido algo más de tres años!

En el año 1932, al notarse que vibraba y se hundía su revestimiento interior, el Duce ordenó la consolidación de sus basamentos con mil toneladas de cemento, que fueron colocadas en treinta y seis agujeros de más de dos pulgadas de diámetro.

Ha sido una solución pasajera. Ultimamente se han efectuado investigaciones con un aparato de alta precisión denominado «inclinómetro», ideado por los físicos Girometti y Bonecchi, que prueban que, a pesar del cemento y las medidas de seguridad adoptadas, oscila peligrosamente.

Además, en su lado oeste presenta unas extensas respuebrajaduras y se han registrado en

seis oportunidades desprendimientos de las molduras del revestimiento de su corona. Dos de sus campanas, las de mayor volumen, han sido desmontadas y colocadas en el otro extremo como contrapeso. Pero, aun así, en posteriores comprobaciones la sensible aguja del «inclinómetro» ha seguido indicando la inminencia del desmoronamiento definitivo, que aun no se ha producido...

A través de las muchas comprobaciones alarmantes y de los innumerables vaticinios alogos que han caído sobre ella, la vieja torre de Pisa sigue en pie, pero cada vez más inclinada hacia ese suelo, que parece atraerla con el embrujo de una magia de siglos...

¿Cuándo se dejará caer para siempre, esta anciana que tiene ya más de seiscientos años de vida?...

Sólo ella lo sabe.

**Dentol**

Científicamente creado según los trabajos de PASTEUR

No tema por su dentadura si Vd. usa la pasta científica DENTOL. Debemos tener en cuenta que la higiene de la boca solo se obtiene usando una preparación científica que limpie y desinfecte la totalidad de la dentadura. Con la pasta DENTOL, evitará Vd. la inflamación de las encías, alejará el peligro de las caries, blanqueará sus dientes y purificará su aliento. Entre los accesorios de su toilette no debe nunca faltar un tubo de pasta DENTOL.

TUBO MEDIANO 20¢  
TUBO GRANDE 40¢

PASTA DENTOL  
ANTISEPTICOS COMPUESTOS  
CASA L. FRERE  
Indispensable para la higiene de la boca  
Representantes Exclusivos APARTADO 2143 HABANA

*Visitas postales  
descoloridas*



**C**UANDO en estos calurosos días de agosto pasamos por la calle de la Habana, entre Obispo y Obrapia, y fijamos nuestra vista en la acera de los impares, viene a nuestra memoria aquella famosa y popular frutería allí establecida por los años de 1888 al 98, etc., llamada «El Anón», y propiedad de los señores Gajigas y Alvarez, que acabó por ser el sitio de reunión, de tres a seis de la tarde, de lo más escogido de la sociedad habanera. Muchas y bien surtidas fruterías existían entonces en la Habana, en Galiano, Calzada del Monte, etc., pero ésta del Anón de la calle de la Habana, por su proximidad a la de Obispo, en primer término, y por la atención que le prestaban sus propietarios, había sabido atraerse una numerosa marchantería entre el prestigioso elemento que acudía de diario a aquella céntrica calle a hacer sus compras; completando la obra los encargados de la crónica elegante de aquellos tiempos, entre los que sobresalían, en el DIARIO DE LA MARINA, José Triay, Salvador y Jacobo Domínguez; en «El País», el poeta Fornaris; en «El Figaro», Raúl Kay y Enrique Fontanills; y Héctor de Saavedra, «Fleur de Chic», en «La Habana Elegante», de Miyares, quienes daban a luz en sus amenas crónicas los nombres de los asistentes a aquel lugar privilegiado. De citar nombres de las más distinguidas familias que allí acudían, tendríamos que copiar íntegras las «Guías Sociales» que vieron la luz del 85 al 95. En nuestros recuerdos se confunden, formando uno solo: las veladas del Ateneo; los bailes del Círculo Habanero; los de las matinées de la Playa de Marianao, en aquella inolvidable y modestísima «glorieta»; y las tardes del «Anón», de la calle de la Habana.

Comer mangos, como se sabe—¡y qué bien saben!—tiene de poco aseado, todo lo que brinda de sabroso; y las personas esclavas del bien parecer se eximían de realizar en público una operación que siempre se había reservado para lo íntimo del hogar doméstico, teniendo en cuenta lo cual, se inventaron unos pequeños cuchillitos corvos, algo así como unos diminutos alfanjes turcos, muy afilados y relucientes; y unos artísticos trinchantes

# EL ANÓN y la Champirola

por FEDERICO VILLOCH

para cortar el mango en rajitas y llevárselas a la boca—por lo «finolis»—sin mancharse ni los labios, ni las manos, ni la ropa, ni nada. Rindiendo tributo a la innovación, y como se hace siempre que se inicia una nueva moda, para no darla de «incivilizada», la gente aceptó aquellos artefactos; y se dedicó a comer mango con el mismo refinamiento con que se paladean las yemitas de coco, saboreándolas con la puntita de la lengua; pero como lo mejor de esa sabrosa fruta criolla está precisamente en su carnosa pulpa chorreando mieles, no se le llegaba a apreciar con aquel refinado procedimiento; y todos fueron poco a poco dándoles de lado a los cuchillitos y a los trinchantes aludidos, y lanzándose, al fin, sin escrúpulos ni cortapisas, a comer mangos todo el mundo como lo hacen los pilluelos que corren detrás del típico carretón que los vende por la calle, chorreándole las manos, la boca, la barba, las narices, la ropa y todo, con sus dulces mieles y su amarilla y jugosa pulpa.

Una de las notas más pintorescas y características de nuestra calle habanera, es la que brinda a propios y extraños, en los comienzos de la estación de las aguas, ese «carretón de los mangos» destartado carromato de los pequeños, mal cubierto por un enramaje de palmas, y tirado por un escuálido y despeluzado caballejo, a cuya vera caminan uno o varios indolentes campesinos—chamarreta y sombrero de yarey, despuntado por los bordes—que pregonan su mercancía con voz monótona y penetrante:

- ¡Manguito; Mangüeeeee!...
- ¡A como quiera van los mangos!...
- ¡De la Coronela, llevo los buenos mangos!...
- ¡Cojan mangos!...

Tipical, que dicen las postales para los turistas americanos.

Este carretón de los mangos es de las últimas vendutas callejeras que nos han quedado, y es de esperar que desaparezcan con el tiempo, cuando se imponga el mejoramiento de las costumbres; como desaparecieron las vacas de leche por la calle; los vendedores de viandas en serones, sobre escuálidas «bestias»; el bañado de los caballos, en la caleta de San Lázaro; el reparto del pan en canastas, a domicilio; y aquel típico malojero con su enfangada yegüita que casi desaparecía bajo la abundante carga de maloja: «¡Maloja!», pregonaban los vendedores.

No había señorío ni etiqueta que se impusiese ante el mango. Fruta democrática y niveladora, igualaba con su perfumada y dulce tiranía al rico y al pobre; a la encofetada dama envuelta en ricos olanes y a la humilde criada de servicio cubierta de modestos percales; al altivo señorón que vestía reluciente nítido traje de dril blanco número cien y al oscuro jornalero que usaba la más modesta chamarreta de Holanda cruda; se veía en las mesas que llenaban la sala de «El Anón» de la calle de la Habana, a lo mejor y más escogido de nuestra sociedad de ambos sexos comiendo mango a destajo, con las manos, con la boca, con las narices, con todo; y sin más precaución que una simple servilleta sobre el pecho, para no mancharse, ellos, la camisa; y, ellas, el elegante traje de verano...



«El Anón» ofrecía en sus tarimas, mostradores, vidrieras y estantes rústicos, entre otras frutas, mangos de las más variadas clases y categorías: allí el suculento mango «bizcochuelo», de Oriente, al que por su pompa y riqueza de pulpa ha de concedérsele el título de emperador de la especie; allí el que por su piel fina y delicada se le llama «mango señora»; el «mango mamey», el de «corazón»; el mango llamado «manzano», de la Habana, por su sabor semejante a la más agradable «poma deliciosa»; el mango «jobo», que viene siendo como el desheredado de la clase; la manga «blanca» y la «amarilla»; el puro mango criollo que va desapareciendo poco a poco, y que al gustarlo, con su pulpa dulce y picante sabiendo una punta a yodo, nos trae gratos recuerdos del tiempo en que era el amo absoluto de las tarimas; y por último, el mango «morralla», aporreado, de «arrímate a la carreta y a como quiera». El mango filipino, a causa del marcado sabor a brea, a resina, a petróleo, que tenía por aquel lejano entonces, era el menos preferido; pero al cabo la ciencia pudo librarlo de su «maleficio», y al presente ocupa un puesto de preferencia entre sus compañeros de la clase, siendo tal vez el más agradable y solicitado de todos. Es asombrosa la evolución y las series de transformaciones que la ciencia de la botánica ha obrado en algunos de nuestros productos agrícolas; los más raros injertos; los más difíciles cruzamientos; los más inesperados ejemplares. Lo que no ha podido lograr aún—y se ha perdido la esperanza de que lo logre—es que ciertos «chayotes» produzcan melocotones; y que los rastreros y vulgares «matapacificos» se conviertan en perfumados jazmines del Cabo...

No cabe dudar que las principales frutas de Cuba guardan una íntima relación con sus más destacados cantos populares. En una escena de nuestra obra vernácula «Un bolero en la noche», dice uno de sus personajes, una habanera que bebe los vientos por todo lo cubiche, en oposición a una amiga suya, que está por lo fox, tangos argentinos y demás piezas bailables de «extrangis»:

—Ah! sí, vieja—dice—nuestras frutas son los símbolos de nuestros cantos populares: yo entro en una frutería, y me parece que estoy oyendo, por una de nuestras orquestas más nombradas, un puñal de nuestra música divina. La lánguida antigua canción cubana, es una perfumada guanábana, con su sabor agriduce que se nos adentra en el alma; la típica décima guajira, tiene el dulzor y

el penetrante perfume de la piña; la repiqueteada guaracha es un delicioso caimito, por lo que se pega; la ruma habanera es un succulento mamey colorado en su punto; el bolero lleno de cadencias es un delicioso zapote; y el son de Oriente, ¿qué es, mi china, sino un succulento mango «bizcochuelo» de Santiago de Cuba?...

De la frutería «El Anón», cuando estaba en la calle de la Habana, era asiduo asistente, y no recordamos si también consocio, un joven español, muy tratable y simpático, deseoso de aprender y adelantar, que se llamaba Manuel Armada Teijeiro, años después uno de los miembros más destacados de la colonia gallega y autor con Chané de la zarzuela «Non mais inmigración». «El Anón» fué célebre por todos conceptos. Teijeiro era compañero de otro joven asiduo frecuentador de «El Anón», llamado Aneiros Pazos, gallego, oficial del ejército español, más dado a la poesía que a la disciplina militar. Decía Aneiros—suave y melifluido como un madrigal—que era un capitulo viviente de Cervantes, por aquello de la «pluma y la espada». Teijeiro y Aneiros frecuentaban el trato de los jóvenes escritores de aquellos tiempos. A ratos «bohemiaba» con Teijeiro, su joven comprovinciano Jesús Caula, un gallego a quien por sus chispeantes ocurrencias se le tomaría por un sevillano de Triana. Un Castor Vispo, que no encontró su oportunidad. La vida no fué pródiga con Caula; y murió joven. Era también de aquella época el inofensivo poeta Ventura Mayorga, gran consumidor de horchata con gotas de «curazao», en el antiguo Anón, que se pasaba la vida de gacettillero, colocando en los periódicos sus rimas y sus cantares andaluces.

En aquel antiguo «Anón» de la calle de la Habana se reunía, como dijimos, lo más destacado de la buena sociedad, del foro, del periodismo: de la primera, veíanse allí con frecuencia a las entonces estrellas de primera magnitud de nuestros salones, Terina Arango, Charito Armenteros, las tres hermanas del Monte, Celia, Herminia y Hortensia; las dos hermanas Navarrete, etc., etc.; del foro, los jóvenes abogados Viondi, Figueroa, Martín Solar, la Cámara y del periodismo, Pichardo, Catalá, Raúl Kay, el simpatiquísimo e inolvidable Pepito Jerez; Antonio Berenguer, que espaciaba sus días entre Santa Clara, la Habana y sus «Tradiciones Villareñas»; Salvador Domínguez; y eran, sobre todo, visita diaria, el eterno humorista Ignacio Sarachaga y su inseparable Enrique Hernández Miyares. Cuando el «Anón» pasó a poder de Manuel Fernández, antiguo dependiente de «El Anón» de la calle de la Habana, y se trasladó a la calle del Prado, sucedió lo mismo: «El Anón» continuó siendo el salón de recibo de la mejor sociedad habanera; el punto de cita donde acudían de tarde y noche lo más conocido de la Habana: Gerardo Machado, que era entonces Secretario de Gobernación; René Morales; el coronel Julio Sanguily, que había sido también uno de los fieles de «El Anón» de la calle de la Habana; el voluminoso y atrabiliario representante Bofill; y no faltaba nunca el bondadoso Genaro de la Vega, cuyo inesperado fin trágico en su finca de «Jamaica», nos conmovió a todos. También iban al «Anón» los Ajurias; el coronel Andrés Hernández; Pepe Strampes; el simpatiquísimo y buenazo Carlitos Maciá; Ramón Hernández; Sotico, Arango y todos los muchachos de la Acera. «El Anón» del Prado era la alegría de la Habana. En los días de Carnaval, el público tenía especial empeño en ocupar las sillas que se colocaban en la acera frente a la popular frutería, siendo atendido con la mayor solicitud por el empleado de la casa, el popularísimo Angel Campos Villada, amigo fiel y cariñoso del dueño Manuel Fernández, hasta su última hora. Dependiente principal del «Anón» y también de los fieles de la casa, era Manuel Menéndez, hoy dueño del «Miami», de Neptuno y Prado; y del «Petit Miami», de O-Reilly.

Entre la popular «barbería de Donato»—Donato Milanés—que estaba al lado, y el «Anón», se llevaban toda la gente. En la barbería se pelaban y afeitaban Menocal, Asbert, Xiques, Ferrara, Bravo Correoso, cuando venía de Oriente; José Mi-

guel, cuando lo hacía de Santa Clara; y el general Pedro Betancourt y los Suayers, de Matanzas. Las ententes políticas empezaban en la barbería de Donato, donde éste se lucía peinándoles la malanga a los políticos, cuya mayoría tienen hoy el güiro como una calabaza—y no es alusión—y acababan en «El Anón», «pegándose todos al mamey», por vía de ensayo. Allí iba Torriente el de la «Política Cómica», con su lápiz, para reproducirlos en graciosas caricaturas. La vidriera de «El Anón», propiedad de Isolino Rey, era «La Dichosa» de entonces: tantos premios repartió Isolino, que una hoja del segundo hubo de tocarle a Manuel Fernández, el dueño de la frutería, con el número 7711.

El año, 96 Manuel Fernández, que aun era dependiente de Cagigas, dejó la capital para establecerse en la bodega del ingenio San Isidro, en Quemados de Glines; y allí le sorprendió el regimiento rebelde que mandaba Zayas, cayendo prisionero; pero Sotico, los Arangos y otros muchachos de la Acera que pertenecían a la partida, reconocieron al dependiente del «Anón» que siempre había sido tan afectuoso con ellos; y Manuel recuperó la libertad inmediatamente, volviendo a la Habana; e ingresando como consocio en «El Anón del Prado», en donde permaneció hasta su muerte. El tan leído cronista de aquella época, Enrique Fontanills, uno de los asiduos del «Anón», escribía con ocasión del fallecimiento de este hombre tan apreciado:

«Con Manuel Fernández, decía, desaparece un hombre honrado; un excelente y servicial amigo. : Hará un año cayó también para siempre otro amigo queridísimo, Claudio Martín.

Manuel y quien esto escribe, en inolvidables noches, cerradas ya las puertas del «Anón del Prado», nos reunimos en uno de sus salones.

Manuel estaba desanimado; quería cerrar el Anón.

¡No se cerraron sus puertas al fin! Manuel, siguiendo nuestros consejos, hizo frente a la situación, y triunfó.

Ayer Claudio; ahora Manuel. En aquella carpeta del «Anón del Prado», ¡cuántas noches juntos trabajamos!

A la muerte de Manuel Fernández, su viuda la señora Armantina de la Torre, arrendó o le cedió la administración del establecimiento a Bebito Echarte y a Donato; pero ya puede suponerse lo que entederían de frutas un sportman y un barbero: se pudrían, que era lástima, los mameyes, los zapotes, las piñas, las guanábanas, los mangos, los caimitos; y el «Anón» del Prado se vió, por último, en el caso de cerrar sus puertas allá por el año 1915...

Un día, allá en sus más lejanos comienzos, uno de los cantineros del Anón de la calle de la Habana—porque también era café—inventó la champola; y fué como cuando Edison inventó la luz eléctrica: una nueva gloria dilató la fama de la casa; y se abrieron para sus dueños dorados y más amplios horizontes. No sabemos si el descubrimiento reza en los anales de las invenciones famosas; pero es lo cierto que los refrescos cubanos, mejor dicho, habaneros, reconocieron y proclamaron en la «Champola» a su soberana indiscutible e invencible; tal así un oscuro químico mezcla al azar en la mesa de su laboratorio, dos gases o dos sales; y da vida al radio, al teléfono, o algún producto asombroso que marca una fecha en la historia del progreso.

Como todo producto de nueva invención que sale a la plaza, fué acogido con recelo, vapuleado y discutido; y aceptado al fin, a beneficio de inventor.

—Pero —arguían las mamás del antiguo régimen. —¿Cómo es posible que se mezcle la leche con la guanábana o con el anón? Por fuerza tiene que ser un veneno esa invención del mismo diablo.

—No, mamáita—le contestaba el hijo, estudiante del Instituto, familiarizado ya con la Mitología griega. —Es la invención de alguna diosa del Olimpo un néctar de los dioses, digno de que nos lo ofrezca la divina Hebe en su ánfora de plata.

Y es verdad que lo era; y que lo sigue siendo.

Hace ya varias décadas que ese veneno nos da la vida en las ansiosas horas del verano, despertando su exquisito o'or, y su más delicioso sabor, las más deleitosas imágenes en nuestros cerebros: de un lado, el de la pura leche, evoca el bucólico cuadro de una granja con su vaca, apacible madre que nos alimenta con el licor de sus ubres; de otro, el penetrante y aromático aroma de la guanábana, enciende la visión de una lujuriente selva del trópico, con todas sus sorpresas y peligros. Muchas veces hemos pensado que los químicos podrían extraer de nuestras frutas los más sutiles y delicados perfumes: «Sonrisas de Piña», «Besos de Guanábana»; «Ensueños de Anón»; «Chuponcitos de Mango»...

Se explica el incrédulo asombro de la inocente mamá que hemos citados: en sus años paradisíacos no se acometían «ciertas mezclas ni cruzamientos». Antojársele a un niño comer guanábana o anón después de haber tomado su vaso de leche de la merienda, era un verdadero desatino; se corría el peligro de un envenenamiento fulminante. —No; mi hijito: o guanábana, o anón, o leche; pero mezclarlo todo es mortal por necesidad. O liberales o conservadores—todo lo que brindaba entonces nuestra O frutería política—pero no se concebía hacer de esos elementos disímiles un conglomerado indigesto, para triunfar en las elecciones: el estómago nacional tenía que resentirse por fuerza; he ahí el origen de la hipercinesia que nos agovia.

Candorosa mamá, ¡cómo podías suponer que en lo futuro iban a «batuquearse» en el mismo cubilete político, las más complicadas «champolas» entre los partidos más encontrados; y aun entre las naciones de más opuestas ideologías! ¡Mira que «Champola» esa, con la Rusia Soviética y la Gran Bretaña monárquica!

¡El cólico que nos espera, mámi!

## MUY BREVES

o o o

Levy, el sastre judío, está agonizando. Ya no ve, pero murmura.

—Sara, mi mujer querida, ¿estás ahí?

—Sí querido, aquí estoy a tu lado.

—¿Está Isaac aquí?

—Sí padre, aquí estoy.

—¿Y Jacob?

—Aquí también, papá.

—¿Y mi querida Ruth?

—Aquí estoy, papá.

—Pero entonces—dijo Levy, casi levantándose de alarma y rabia—¿quién está cuidando de la caja en la sastrería?—(Voilà)

o o o

SILENCIO PELIGROSO.

Acaba de ingresar al campo de concentración de Gremburgo un actor que se hizo famoso en una noche en Berlín. Apareció en escena y durante minutos no dijo una palabra; siguió inmutable ante las protestas del público impaciente. Cuando amenazaron con llamar a la policía habló y dijo: «¿Pero que también el silencio está prohibido? Al parecer lo está. (Judge).

o o o

CUENTO CONTEMPORANEO.—... y se divorciaron y vivieron felices por el resto de sus vidas.—(London Opinión).

## PENSAMIENTOS

En realidad hacemos en la vida lo que podemos y luego le damos a eso un gran nombre.

o o o

El único amor que dura toda la vida es el amor por nosotros mismos.

o o o

Cuando un hombre se hace tan rico que su dinero llega a molestarlo, siempre encontrará una mujer que comparta sus molestias.

o o o

Si hay alguna mujer que desdeña el halago es porque no recibe lo suficiente.

# LA VUELTA AL

# MUNDO del BUEN HUMOR



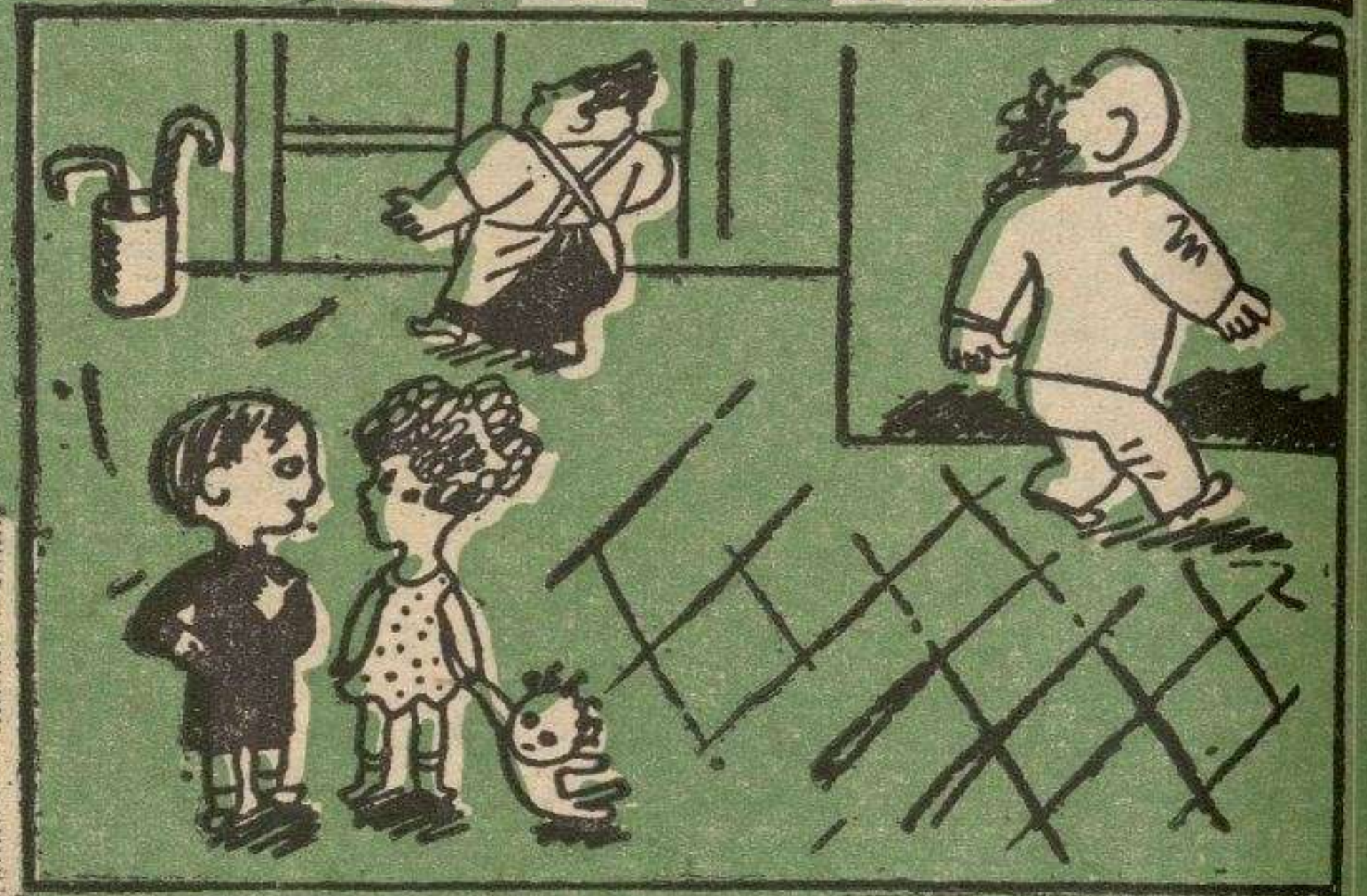
### PETICION DE MANO

—Nos parece bien, y en verdad, nos es usted simpático, pero nos parece demasiado joven para esposo.  
—¿Joven dice usted? ¡Oh! le advierto que ya he tenido reuma, y acabo de salir de un tratamiento de uremia!

(De Vu, de Paris)

### INDIGNACION FEMENINA

—Ya estoy hasta la coronilla de estas joyas, de estos autos y de estas pieles.  
—¿Qué?... ¿Pienas retirarte al campo?  
—No, jamás ¡quiere otras joyas, otros autos y otras pieles!  
(De Il Travaso dello Idea, de Roma)



### TIEMPOS DIFICILES

—Seguro; ¡estamos a fines de mes!  
—¿Cómo lo sabes?  
—Papá se sobresalta cada vez que oye el timbre de la puerta.  
(Il 45, de Florencia)



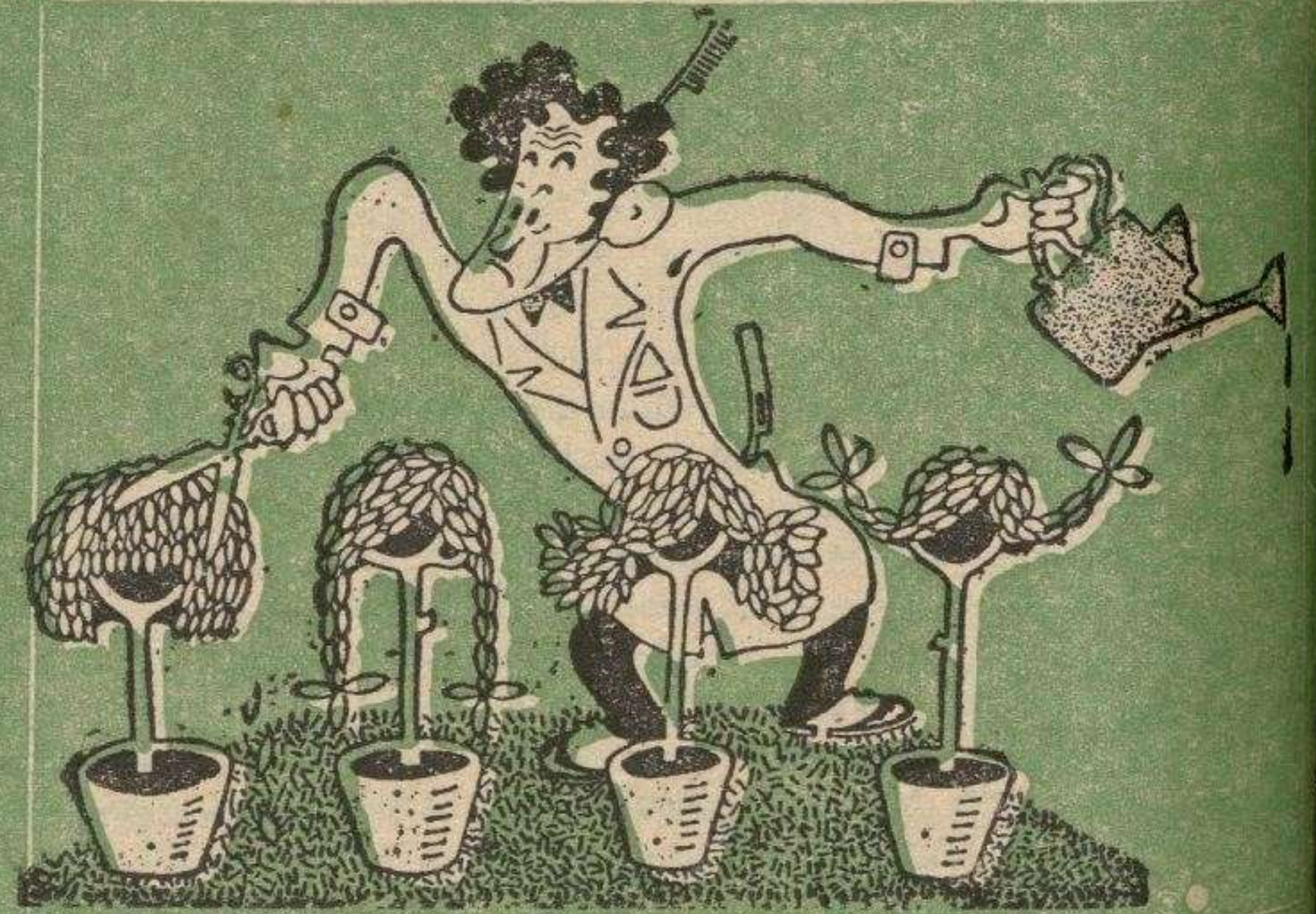
### EQUIVOCACION POR PARTIDA DOBLE

—Deténgalo, señor guardia. ¡Ha intentado besarme!  
—No se escandalice, señorita. Con lo retebonita que es usted, encontrará bien pronto otro.

(Marianne, Paris)

### LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

—El peluquero retirado de sus negocios, se dedica a la jardinería.  
(De Nebelspatter, de Rorschach)



### PLANES DE REGALOS DE LOS COMERCIANTES

—Pues sí, queridos señores: durante los primeros cinco días, a cada comprador de una cuna le regalaremos una criatura.  
(Il Travaso dello Idea, Roma)

**L**o que más hay que cuidar en los niños es que no se metan en aguas hondas antes de aprender a nadar. Sin eso serán destruidos temprano en la vida, arrollados por esos elementos salvajes e incontrolables que los aguardan en cada rincón de la existencia.

No hay madre que no se preocupe de la seguridad de sus hijos cuando están cerca de un lago o río u océano. Pero ¿por qué los descuidan frente a esas aguas tanto más peligrosas que los amenazan cuando llegan a los 14, 16 o 18 años? Madres que tiemblan cuando sus hijos se meten en el agua y ensayan su primeras brazadas en la natación se muestran enteramente confiadas cuando entran al proceloso mar de la pubertad que puede arrastrarlos a abismos más peligrosos y destructores aun.

«Si solo pudieran mis hijos quedarse en la edad de los pantalones cortos y de las rodillas sangrantes, me escribía hace poco una madre. Entonces sabía yo como manejarlos, agrega. Lo que es ahora se me escapan de las manos. Mi hijo tiene 20 años, mi hija 17. Nunca riñen, pero son dos personas enteramente distintas. El es prematuro, ella infantil. Sus amistades están en grupos igualmente diferentes. Entretanto su padre y yo nos preguntamos ¿hay alguna regla a seguir para manejar o tratar de guiar a nuestros hijos en esta edad? ¿Cuanto dinero debe tener Ladislao para sus gastos, debe tener automóvil, hasta cuanto debe permitirse a Eloisa sus salidas de noche?»

«Dos cosas ocurrieron la semana pasada que me tienen meditando. Una fué que Ladislao después de pasar varias horas estudiando con un compañero de la escuela de leyes en casa, tomó un automóvil y salió con ese amigo. Tres horas pasaron de esa larga noche. Naturalmente no me dormí hasta que regresó. Me dijo que habían ido a tomar cerveza en un restaurante, allí se habían encontrado con otros dos amigos y los cuatro se marcharon a un cabaret a ver bailar. Estuve tan nerviosa durante esa espera, que estoy segura que no podría resistir a la repetición de estos episodios. Que hacer? Si le negamos el uso del automóvil usará el de algún amigo y se habrá quebrado la cordialidad y confianza que felizmente existe entre nosotros.

«La otra cosa inquietante que ocurrió fué que en el primero de los restaurantes que visitó esa noche Ladislao encontró a Eloisa que estaba con un muchacho que a él no le gusta. Eloisa que tiene 17 años había ido al cine y estaba de vuelta en la casa antes de la media noche. Habían ido a donde Tony a tomar un vaso de cerveza nada más... Este es el primer año que Eloisa sale de noche sin nosotros. ¿Cuánta libertad le permitire a este respecto?»

«Bueno; miles de madres se hacen la misma pregunta y la formulan a maestros y consejeros. Las respuestas son muchas, pero las opiniones no pueden sintetizarse en un cierto número de reglas que deben imponerse rigidamente y que, sobre todo, deberían haber sido enseñadas a Ladislao y a Eloisa antes de que llegaran a la edad que hoy se encuentran. Una chica de 17 años que va a ciertos bailes y fiestas, aquellos que su madre sabe, en casas de amigos de las amigas, en el colegio, o en clubs u hoteles bien conocidos. Debe ir bien «chaperoneada». Cosas que no pueden ocurrir a las muchachas en fiestas y deben tener siempre a la mano una persona mayor de toda su confianza... El momento llega muy pronto en que toda muchacha debe pertenecer al grupo «serio y protegido» más que al libertino. Llegan los días en que las muchachas lamentan amargamente que sus madres les den demasiada libertad, y entonces son las madres las acusadas por las hijas más que las hijas por las madres.

«Cuanto al cine está bien que vayan acompañadas de algún amigo o en grupos; pero deben



Eloisa que tiene 17 años estaba de vuelta en casa a la medianoche, pero había pasado con su amigo a tomar un vaso de cerveza nada más...

# CUANDO NUESTROS HIJOS LLEGAN A LA EDAD PELIGROSA

por Kathleen Norris

regresar directamente a casa; si quieren refrescos que los tomen en la casa, que su mamá puede prepararlos porque ella debe saber exactamente la hora en que su hija estará de vuelta del teatro. Jamás debe permitirse a una muchacha de esa edad que se embarque en un automóvil con un amigo para ir a buscar a otra pareja sabe Dios donde, y luego ir a una fiesta en otra casa, para regresar al hogar tarde después de hacer el recorrido inverso distribuyendo a amigas y amigos en sus casas. Estos «parties» son los que están destruyendo el hogar moderno, son la angustia de miles de padres y seguramente la desgracia para toda la vida de muchas muchachas que ahora se sienten felices disfrutando de esa libertad.

Es muy fácil explicar a una chica de ocho años por qué esas cosas no deben hacerse y por qué sus padres se las prohibirán estrictamente. Todavía será fácil explicarlo a una de doce años. Pero tratar de imponer una prohibición de esta especie por primera vez a los quince años es sencillamente ridículo. Ahí está el secreto de la falacia de la influencia de los padres en tantos hogares. No se ejerce y ni siquiera se define hasta que crisis llega y entonces es tarde. El padre se enfurece, la madre llora y protesta, pero la hija sigue tranquilamente su camino. Puesto que nadie la detuvo en ese camino antes está convencida de que nadie tiene el derecho de detenerla ahora.

Cierto que ellos, los padres, tienen el dinero y tienen toda la autoridad, pero no parece darse cuenta de poder que esto les da. Prefieren evitarse escenas desagradables o causar pena a su

hija mimada. Por eso ella sabe que puede continuar la vida que tan placentera se presenta; seguirá escapándose al restaurante, bebiendo allí con amigos alegres, para deslizarse a casa tarde en la noche, con mal aliento, la cabeza pesada, tirando por su dormitorio las ropas pasadas a olor de tabaco.

Todo esto es capaz de eloquecer a padres que adoran a sus hijos. Lo peor del caso es que escasamente hay remedio a la mano de los padres una vez que el mal comienza. La cura es preventiva. Junto con establecer desde temprano la autoridad paterna es necesario establecer la confianza de amigos entre padres e hijos. Para decirlo en pocas palabras hay que llegar al desideratum de que los hijos, cuando entren a la edad peligrosa, traten a sus padres como amigos y no como carceleros.

## MUY BREVES

### CUESTION DE TIEMPO

—Entendemos, nos escribe un lector, que es costumbre besar a la novia después de la ceremonia matrimonial.

—Si, está permitido besarla, pero no «mucho» después de la ceremonia.—(Punch)

o o o

**POLITICA.**—Se vende: Coche para nené que fué comprado por error, enteramente nuevo y sin uso por haber estado demasiado ocupado en política. Escribir a John D. S., Correo Central.—(Liliput, Londres).

# La más Hermosa Mujer

Al nacer el mes de abril  
mes pródigo siempre en flores,  
tuvo un sueño, entre otros mil,  
el Hada de los Amores,  
que es el hada más gentil.

Y volando en la pradera,  
para labrar afanosa  
aquel sueño que tuviera  
le robó a la primavera  
un junco, un nardo, una rosa.

Y con los tres reunidos,  
tras de tejer y tejer,  
y mezclar los coloridos,  
vió sus ensueños cumplidos:  
¡la más hermosa mujer!

A quien, para su prestancia,  
le dió el nardo la blancura,  
dióla el junco su elegancia,  
y la rosa su frescura  
y suavísima fragancia.

¡La contempló!... ¡Ser ideal!...  
Nada más hermoso que ella,  
si en su mirada glacial  
pongo un fulgor celestial!  
¡Y se lo robó a una estrella!  
¡Hermosa es como un anhelo!  
Más le falta la pasión,  
que lumbre pone en el hielo.  
¡Necesita un corazón!...  
Y se lo bajó del cielo.

La buena hada la admiró:  
¡Oh, qué belleza tan alta!  
Mas no es aún lo que soñó.  
Hay en ella un qué sé yo,  
que dice que algo le falta.

¡Del cutis la matidez!  
Esa dulce suavidad  
que le quita rigidez,  
que le inyecta mocedad...  
¡Eso le falta tal vez!

Y el hada del gran amor,  
que siempre acude a los cielos  
en el extremo favor,  
a ellos mandó sus anhelos  
para acabar su labor.

Y, bondadoso, Jehová  
le dijo: «En vano se afana  
tu alma, y buscando está.  
La suavidad soberana  
del cutis sólo le dá  
Leche de belleza «DANA»!

**FERNANDO TEJEDOR**  
(Pepe Montañés)



*Dana*  
PARIS, FRANCE